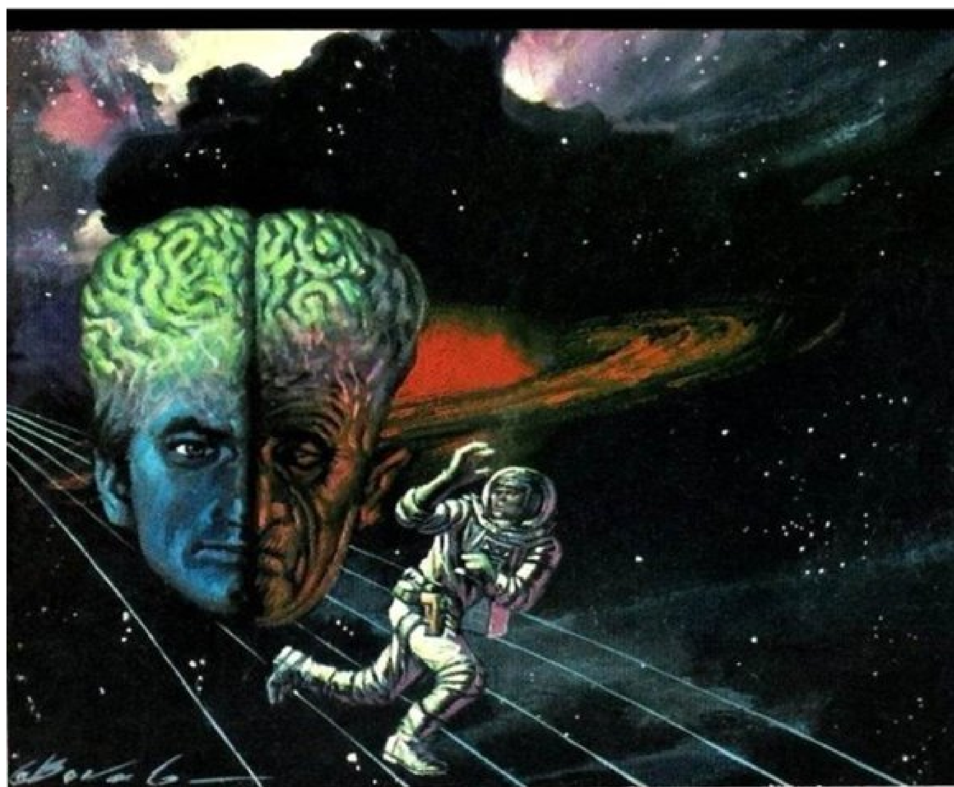
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL RASTRO DE LOS INMORTALES

glenn parrish

CIENCIA FICCION



EL RASTRO DE LOS INMORTALES

Título Original: *El Rastro De Los Inmortales*

Colección: La Conquista Del Espacio 87
ISBN: 0000000000000000000
Generado con: QualityEbook v0.37
Generado por: Anset, 07/05/2012

CAPÍTULO I

Sumido en un ominoso silencio, Harry Varna escuchó el consejo de su segundo.

—Tiene que esfumarse, jefe; no le queda otro remedio —dijo Black Sanders.

Lawrence Franks, abogado, corroboró las palabras de Sanders.

—No hay otra solución, Harry —añadió—. La orden de detención está a punto de expedirse. El Gobierno, bien lo sabes, lo ha tomado con gran interés. Ciertamente, no intervendrá en la justicia, pero hará todo lo posible para que no puedas escapar.

—¿Y bien? Suponiendo que me atrapasen, ¿qué condena me correspondería? —preguntó Varna, rompiendo al fin su obstinado mutismo.

—Menos de veinte años, de ninguna manera. Lo más probable es que el juez te sentencie a una pena comprendida entre los veinticinco y los treinta años —respondió el abogado.

Varna se estremeció.

—¡Un cuarto de siglo! —exclamó.

—Por lo menos —insistió Franks.

—Haga lo que le digo, jefe —terció Sanders—. Lárguese adonde sea, pero muy lejos de Londres. Cámbiese la cara, disfrácese… o lo «enchironarán» por el resto de sus días.

Varna iba a cumplir los cuarenta años, pero tenía aún un aspecto magnífico. Había cometido innumerables tropelías y era el causante de la muerte de más de una persona, pero era lo suficientemente inteligente para comprender que, al fin, y por mucho cuidado que hubiese puesto en sus delictivas acciones, Scotland Yard estaba a punto de triunfar en un duelo que duraba ya desde hacía más de diez años.

—Cambiar de cara —musitó.

—No es seguro —objetó Franks—. Los buenos cirujanos se negarían a ello, la prensa ha hablado de ti demasiado en los últimos tiempos. Y no creo que te agrade ponerte en manos de un vulgar «cortacaras».

—Lo ideal sería cambiar el aspecto por completo —dijo la mujer que había estado callada hasta aquel momento.

—No digas tonterías, Lori —refunfuñó Varna—. ¿Cómo voy a cambiar de aspecto por completo? ¿Crees que hay algún médico capaz de convertirme en un hombre bajito, gordo y calvo? Y aun así, yo tampoco querría cambiar a esa apariencia.

Lori se atusó el frondoso cabello, hábilmente teñido de color ceniza.

—Como quieras, Harry—contestó—. Pero en tu lugar, yo…

—Calla de una vez —atajó Varna secamente—. Está bien —se dirigió a los otros—, mañana os haré saber mi decisión. Supongo que tendré tiempo hasta entonces, ¿no es así?

Franks se puso en pie y recogió su portafolios.

—No te demores mucho más —aconsejó—. Pasado mañana, se hará una interpelación sobre ti en el Parlamento. El escándalo será gordo, créeme. La oposición está dispuesta a derribar el actual Gobierno y tú puedes ayudarles mucho. ¿Vamos, Black?

—Como usted quiera, señor Franks —respondió Sanders.

Varna y la mujer quedaron solos. Ella caminó ondulantemente hacia el bar, llenó dos copas balón y entregó una al hombre.

—Harry, ¿recuerdas de dónde me sacaste? —preguntó.

—Sí, estabas de enfermera o algo así con un sabio lunático, que hacía no sé qué diabólicos experimentos —contestó Varna.

—Exacto —sonrió ella—. El doctor Penobscue.

Sentado en su sillón, Varna alzó un ojo para mirarla críticamente.

—¿Adonde quieres ir a parar, guapa? —preguntó.

Lori le miró por encima de su copa.

—Te quiero más de lo que tú crees —respondió—. Por eso no deseo que te metan en la cárcel por un cuarto de siglo. ¡Tendrías un aspecto horrible al salir, con sesenta y cinco años a las costillas!

—Sesenta y tres, en todo caso —puntualizó él, de mal talante.

—Y yo tendría sesenta, Harry.

Varna saltó en su sillón.

—¡Cómo! ¿Quieres decir que tienes ahora treinta y cinco años? —Pero, si no…

—No lo parece, ¿verdad? —Lori dio una vuelta sobre sí misma, orgullosa de su magnífica silueta—. Pues sí, son treinta y cinco años, aunque a ti te dije hace cuatro que sólo tenía veintiséis.

—Vaya —refunfuñó Varna—. Eso es un timo.

Lori se echó a reír.

—No parece que lo hayas considerado así durante estos cuatro años —exclamó—. Pero, volviendo a lo del doctor Penobscue, tengo noticias de que sus experimentos, que ya iban por muy buen camino, han tenido un éxito completo. Ah, y además es muy sensible a los encantos de los billetes de Banco.

—¿Qué hace ese matasanos? ¿Corregir narices de Pinocho?

—Algo más, querido, algo más —Lori tomó un sorbo de coñac y luego, con deliberada lentitud, agregó—. El doctor Penobscue trasplanta cerebros.

* * *

El doctor Penobscue estudió críticamente a su visitante.

—¡Ejem, ejem! De modo que usted, señor Varna, desea que le trasplante él cerebro.

—Así es, doctor —confirmó Varna con fingida modestia.

—Pero usted está sanísimo, mi querido amigo. Tiene ante sí una vida muy larga; su salud es perfecta y… Bueno, la verdad, si usted padeciese una enfermedad incurable, yo comprendería sus ansias de trasplantar el cerebro a otro cuerpo humano. Ahora, la verdad, no entiendo lo que tiene para desear una cosa semejante.

Varna no se inmutó.

—Tengo un millón de libras esterlinas, doctor —declaró.

El doctor Penobscue usaba gafas habitualmente. Oyó aquella cifra y se las quitó.

—Un millón de libras —repitió.

—Ni un penique menos, doctor.

Los dedos del científico tabletearon sobre la mesa de despacho.

—Hay un inconveniente —dijo.

—¿Cuál, por favor?

—Su nuevo cuerpo.

Varna sonrió.

—No es inconveniente —contestó.

—Sí, porque se necesita el cuerpo de una persona muerta en accidente que haya ocurrido menos de dos horas antes de iniciar las primeras operaciones.

—Doctor, ¿me permite que yo mismo me encargue de encontrar mi futuro cuerpo? —preguntó.

Penobscue miró con fijeza a su visitante.

—Ha dicho un millón de libras… —volvió a repetir.

—Será suyo cuando yo tenga mi nuevo cuerpo. Cien mil para empezar, ahora mismo, a modo de anticipo.

Penobscue no se lo pensó dos veces.

—Tráigame ese cuerpo y empezaré a trabajar en el acto —dijo.

* * *

Varna firmó dos cheques y se los entregó a los hombres que estaban frente a él.

—Para vosotros —indicó.

Franks leyó la cifra y silbó.

—¡Cien mil! —exclamó.

—¡Cien mil! —repitió Sanders.

—Sí —sonrió Varna—. Para cada uno y como una especie de gratificación por vuestros servicios.

—¿Has ideado algún plan para esconderte? —preguntó el abogado.

—Sí, aunque necesitaré la ayuda de Black.

—Lo que sea, jefe —se ofreció Sanders—. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Luego te lo diré. Lawrence, gracias por todo.

Franks recogió su cartera.

—Las gracias a ti, Harry —se despidió—. No dejes de enviarme noticias cuando puedas.

—Así lo haré, muchacho.

Varna y Sanders se quedaron solos.

—Black, ¿tú te acuerdas de aquel joven que un día me apaleó porque le dije algo a su novia? —habló Varna en tono evocador.

—Sí, desde luego. Se llama Lars Amberstone.

—Exacto. Y también sabes dónde vive, ¿no es así?

—Desde luego. Jefe, oiga, aquello pasó hace un par de años.

—No importa —sonrió Varna—. Creo que ha llegado, al fin, la hora

de mi desquite. Y tú debes ayudarme, porque no te he dado cien mil libras sólo como despedida.

—Lo que usted diga, jefe —respondió Sanders efusivamente—. ¿Qué es lo que tengo que hacer con Amberstone?

—Matarlo. Yo te diré cómo y cuándo —respondió Varna fríamente.

* * *

Bajo el aspecto de Lars Amberstone, Harry Varna se contempló satisfecho en el espejo de su habitación.

Antes era un hombre fuerte, membrudo, agradable, aunque de estructura algo achaparrada. Ahora se había convertido en un joven de diez años menos, atlético, pero esbelto, de pelo rubio y ojos azules.

—Un apolo —se dijo, satisfecho.

La puerta de la estancia se abrió. A través del espejo, Varna contempló la esbelta figura de Lori.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

—Perfectamente. Magnífico. Exultante —dijo Varna, riendo escandalosamente.

Lori vestía bata blanca y cofia.

—¿Los dedos?—preguntó.

Varna los movió ágilmente.

—No encuentro la menor dificultad —contestó.

—Lo celebro —dijo ella—. Temí que hubiese alguna dificultad en las conexiones nerviosas. Era casi la principal duda de Penobscue.

—Entiendo. Y también puedo correr y saltar con toda facilidad.

—Eso es estupendo, querido. Así que te encuentras perfectamente.

Varna se volvió hacia ella.

—¿Lo dudas?—sonrió.

—Desde luego que no. Sólo quería saber cómo te encontrabas después de la operación. ¿Sabes?, yo también voy a pedir a Penobscue que me haga una intervención semejante.

Varna respingó.

—¿Tú? —se asombró.

Lori emitió una sonrisa extraña.

—¿Acaso pensabas que iba a dejarte solo? —contestó.

—Lori, no me vengas con…

—Basta —cortó ella fríamente—. Te guste o no, yo también tendré

mi nuevo cuerpo. Y, lo que es más, ya lo he elegido.

Varna frunció el ceño.

—Pero, ¿por qué Lori, por qué?

Lori avanzó, sinuosa y ondulante, hacia él.

—¿Es que no lo adivinas? He aprendido mucho estos días, mejor dicho, estos meses —contestó—. Y ya sabía bastante en mi primera etapa de ayudante del doctor Penobscue. Ahora podré perfeccionar mis conocimientos y un día llegaré a saber tanto como él.

Los ojos de Lori brillaron repentinamente.

—Piensa, Harry —continuó—. Piensa bien. Podremos cambiar de cuerpo, cuando el que tenemos se nos haga viejo. Podremos vivir centenares de años, tal vez millares…

La boca de Varna se abrió hasta formar una “O” de gran tamaño.

—¡Rayos! —juró—. Eso es algo que no se me había ocurrido siquiera, Lori.

El rosado índice de la mujer golpeó su frente cariñosamente.

—Tú y yo…, ¡y el mundo a nuestros pies! —profetizó.

CAPÍTULO II

Mientras se dejaba llevar por la acera deslizante, Lou Arnold contempló el gigantesco cartel que tapaba casi por completo la fachada del colosal edificio que era el principal elemento de la avenida en que se encontraba.

El cartel era el retrato de un hombre de unos cincuenta años, de facciones viriles y duras, pero simpáticas. Anochecía ya y la luz de unos reflectores, instalados en un edificio frontero, caía sobre el cartel, iluminándolo de lleno.

Debajo del cartel, había una gran inscripción, con letras de varios metros de altura:

NUESTRO AMADO MAESTRO
GERARD GRAY
¡EL GRAN GUIA!

Arnold torció el gesto, pero sólo interiormente. Era preciso ser muy cuidadoso cuando se pasaba delante de uno de los retratos del Gran Guía de la Tierra.

Siempre había policías de paisano, además de los de uniforme, que espiaban cuidadosamente las reacciones de la gente. No se sabía a ciencia cierta, pero se rumoreaba de más de una sentencia de muerte ejecutada en secreto, por hablar mal del Gran Guía.

A Arnold, joven, fuerte y bien parecido, le gustaba vivir. Por eso, al pasar frente al retrato, hizo la inclinación de cabeza que era de rigor.

Luego fijó la vista en el cartel. Su rostro adquirió una expresión beatífica.

Falsa, por supuesto, como aquel llevarse la mano al pecho en señal

de saludo al hombre a quien tanto debía el planeta.

Docenas de personas de ambos sexos, hombres y mujeres, hicieron lo mismo. La acera deslizante continuó su monótono viaje, que no se interrumpía jamás, ni de noche ni de día.

Minutos más tarde, Arnold llegaba a su casa.

El departamento, dado que era soltero, resultaba pequeño: un saloncito-comedor, un dormitorio y un cuarto de baño.

No había cocina; en el saloncito había una dispensadora de alimentos, a la cual se le podían pedir varias minutas, a elección del habitante de la casa.

Naturalmente, eran beneficios concedidos graciosamente por el Gran Guía. Pero la dispensadora no suministraba bebidas alcohólicas; el alcohol estaba prohibido.

Sonó un leve tañido. Era la hora de conectar el televisor. Arnold se sabía de memoria lo que iba a suceder a continuación.

La pantalla se iluminó y una hermosa locutora, con la mejor de sus sonrisas, dijo:

—*Queridos todos, dispongámonos, con el mejor de los ánimos, al mito cotidiano de meditación sobre nuestro Gran Guía y los inmensos beneficios que nos proporciona. El Gran Guía nos da alimento, alojamiento, bebida, cura nuestras enfermedades y nos proporciona diversiones y esparcimientos sanos y honestos, no sólo para el cuerpo, sino también para el espíritu…*

Arnold bostezó, mientras la locutora seguía el recitado de las inmensas virtudes del jefe supremo del planeta.

—Todo se lo debemos a él —dijo a media voz, rechinando los dientes—. Y nuestro trabajo, ¿qué?, ¿no vale nada?

Ciertamente, él trabajo de Arnold era importante, aunque, al menos, no resultaba fatigoso en lo físico.

Arnold era historiador.

Terminado el minuto de «meditación», apareció otro locutor que dijo:

—*En el hemisferio meridional, en la región antiguamente denominada Brasil, se han producido gravísimas inundaciones, que han ocasionado, además de innumerables víctimas, cuantiosos daños, de todo lo cual tendrán amplia imagen gráfica a continuación. Para paliar los efectos de tales inundaciones, la Secretaría de Esfuerzo ha dispuesto que todo el mundo*

trabaje durante veinte minutos más todos los días, hasta nueva orden.

Arnold torció el gesto.

La última vez que hubo una disposición semejante, «hasta nueva orden», ocurrió seis meses antes. La Secretaría de Esfuerzo no sólo no había vuelto a la jomada ordinaria, aumentada en treinta minutos en aquella ocasión, sino que ahora elevaba el trabajo cotidiano en veinte minutos más.

—Pero, ¿es que se creen que somos de hierro? —masculló, disgustado.

Era obligatorio tener encendido el televisor durante las horas de emisión. Pero no resultaba obligatorio mirar lo que aparecía en la pantalla.

Arnold volvió la espalda al aparato.

* * *

Antes de ir al trabajo, era preciso escuchar, durante un minuto, las últimas y breves noticias que se emitían por la única emisora de TV que había en el planeta.

El locutor de tumo dijo:

—Ha sido llamado a la residencia del Gran Guía, el afamado doctor J'ing Tsu, eminente cancerólogo galardonado últimamente con el Premio Máximo de Medicina, por asuntos relacionados con su especialidad. Rumores provenientes de la residencia indican que una alta personalidad está afectada de una grave dolencia, la cual, sin embargo, se espera sea vencida por la ciencia y los recursos del doctor Tsu. En otro boletín, daremos más noticias sobre el particular. ¡Honor eterno y larga vida a nuestro Gran Guía!

Arnold salió de casa, rezongando de su perra suerte, que no se diferenciaba en mucho de la de los otros habitantes del planeta. Todo gratis, sí, pero ahora la jomada de trabajo era de nueve horas, seis días a la semana.

Con amarga ironía, Arnold recordó lo que decía un viejo libro, que había hallado casualmente en sus rastreos de ratón de biblioteca. Estaba editado en el último tercio del siglo veinte y el autor profetizaba que, a principios del veintiuno, los habitantes de la Tierra trabajarían, el que más, dos días a la semana. Entonces, seguía el autor, se plantearía el problema de la ocupación del ocio.

—Hay profetas que merecían ser colgados —rezongó.

Una mano le tocó en el hombro. Arnold se sobresaltó.

Volvió la cabeza. Era un policía.

El agente le indicó silenciosamente un gran retrato del Gran Guía.

Arnold hizo un gesto de asentimiento.

—Perdón, estaba distraído —se disculpó. Sacó su documentación—. Soy historiador y estaba pensando en mi trabajo.

—Pensar en el Gran Guía es aún más importante que pensar en el trabajo —le reprochó el policía con severidad.

Arnold hizo una reverencia y se llevó la mano al pecho.

—Merezco un castigo —dijo—. No lo repetiré más.

—Siga —ordenó el esbirro.

Arnold suspiró, aliviado. Con un policía de peor genio, su distracción podía haberle acarreado nada gratas consecuencias.

Como, por ejemplo, la degradación a simple palero en una fábrica de alimentos.

La Biblioteca Central apareció ante sus ojos. Arnold se sintió feliz al ver el edificio. Allí se olvidaba por completo de la realidad.

Y la realidad, en el año 2422, no tenía nada de agradable.

* * *

El doctor J'ing Tsu echó una última mirada al microscopio que había llevado consigo y que, merced a los adelantos de la técnica en el siglo veinticinco, podía conseguir hasta un millón de aumentos, pese a su pequeñez, y luego se irguió para contemplar al hombre que estaba sentado frente a él.

—No hay duda, señor —dijo—. Es «neocáncer-7».

La cara de Gerard Gray, Gran Guía y jefe supremo de la Tierra, no se inmutó.

—Preveo una sentencia de muerte, doctor Tsu —dijo.

—¿He de serle franco, excelencia?

—Sí, pero dejando los tratamientos a un lado —sonrió Gray. Elevó la mano izquierda y asió la de la hermosa mujer que estaba en pie a su lado, un poco reclinada sobre el sillón.

—Sí, yo también deseo franqueza, doctor —pidió Martha Gray.

—En el pasado se consiguió vencer todas las formas virulentas del cáncer. Pero siempre había una especie de virus que resistía el

tratamiento, si bien resultaba inofensiva —explicó Tsu—. Ahora bien, tal inofensividad lo era durante un determinado espacio de tiempo solamente, variable entre algunos lustros y un siglo. Luego, esa raza de virus canceroso adquiría, por así decirlo, potencia ofensiva y empezaba a propagarse y a causar bajas, hasta que se encontraba el medio de vencerla.

—Comprendo —dijo Gray—. Siga, doctor; su explicación resulta muy interesante.

—A cada especie de virus cancerosos se le asignó una cifra, pero, como el primitivo virus había sido ya vencido, se añadió también un prefijo al nombre de la enfermedad. Hemos llegado ya al «neocáncer-7»… y, desdichadamente, por hoy sin que se pueda predecir cuándo, todavía no se ha encontrado la forma de vencer a esta última especie de virus.

—Parece como si ese virus tuviese memoria de lo ocurrido a sus «antecesores» y hubiese encontrado el medio de resistir a los ataques de la medicina, ¿no es así? —sonrió Gray.

—Diciéndolo con palabras llanas, así es, señor —confirmó Tsu.

—Muy bien, doctor. De modo que no hay error alguno sobre su diagnóstico.

—Le recomiendo consultar a otros especialistas, señor. No obstante, y sin falsa modestia, puedo asegurar que mi diagnóstico, infortunadamente, es certero.

—Ningún especialista mejor que usted, doctor Tsu —afirmó el Gran Guía—. Y, dígame, con toda sinceridad, por supuesto, ¿qué plazo me concede usted?

—De seis meses a un año, señor. Quizá, entre tanto, se descubra algo…

—No sea infundadamente optimista —rio Gray—. Moriré antes de acabar el plazo máximo. Pero no podemos hacer otra cosa que resignamos ante el destino. Gracias por todo, doctor.

J'ing Tsu recogió sus bártulos y se fue. Gray y su esposa quedaron a solas.

Gray alargó una mano y tocó un timbre situado en una mesita cercana. Alguien dijo:

—¿Señor?

—Vorley, tenga la bondad de enviarme las carpetas con los datos de mis posibles sucesores —pidió Gray.

—Al momento, señor.

Gray cerró la comunicación. Se reclinó en el sillón, entrelazó las manos y murmuró:

—Sí, ha llegado el momento de elegir a mi sucesor, según dispone la ley.

CAPÍTULO III

Arnold estaba sentado ante una lectora, en el lugar que habitualmente ocupaba en la biblioteca. A la derecha tenía un pupitre que le servía para apoyar la libreta donde tomaba sus notas y el pequeño magnetófono en el cual grababa algunas indicaciones verbales.

Podía pedir libros, según la materia que deseara estudiar, pero solía emplear la máquina de lectura. Hacía rato ya que venía estudiando el turbulento período de la primera mitad del siglo veinte y empezaba a sentirse fatigado.

Pensó en variar un poco. Un extraño sentimiento de curiosidad le hizo marcar determinada petición en el teclado de la máquina.

Las imágenes de la pantalla, casi de un metro de lado, cambiaron. Poco después, apareció lo que había solicitado:

Gray, Gerard Albert Frank.

Nacido el 7-III-2361 en New Berlín.

Estudios: Reglamentarios.

Especialidad: Filosofía y Ciencias Políticas.

Doctorado cum laude por las Universidades, 27, 44 y 617.

En 10-V-2399 fue designado sucesor del anterior Gran Guía. Tomó el puesto de Gran Guía el 21-VIII-2401, en el cual sigue y ojalá sea eternamente.

Arnold emitió una sonrisa de desdén.

—¡Adulador!

Se refería, naturalmente, al historiador que había redactado aquella condensada biografía de Gray.

Realmente, no había visto nada que no supiera ya. Con harta

frecuencia, la televisión daba notas biográficas del Gran Guía. Incluso con mínimos detalles, añadiendo, como era de suponer, los referentes a su matrimonio con la hermosa Martha Schluss, que había tomado luego su apellido.

Más tarde, regresó a su casa.

Conectó la televisión, y la locutora de costumbre, una guapa chica, todo había que decirlo, emitió las acostumbradas reflexiones sobre la bondad del Gran Guía, que se desvelaba por hacer feliz a su pueblo.

—Sí, haciéndonos trabajar nueve horas diarias, seis días a la semana —rezongó Arnold.

A punto de cerrar la emisión, cuando ya era hora de acostarse, Arnold escuchó una sorprendente noticia:

«*¡Atención, ciudadanos de la Tierra! ¡Atención! ¡Nuestro Gran Guía, de acuerdo con la ley, se ha dignado nombrar sucesor en su puesto al ciudadano Warren Clarke, quien, en fecha muy breve, empezará el período de iniciación necesario para que, el día en que se acuerde, ocupe el lugar que, por desgracia, pronto dejará vacante nuestro actual Gran Guía!*»

Arnold saltó en su asiento.

—¡Demonios! —exclamó—. Pero, ¿quién le iba a decir a ese estúpido que…?

Arnold tenía razón para sorprenderse, y con doble motivo, además, porque no sólo Clarke era su amigo, sino que le conocía bastante y sabía que, pese a su apostura física era un zoquete.

* * *

Arnold llamó a la puerta. Una encantadora muchacha acudió a abrir.

—¡Oh, dispense! —exclamó él—. Me he equivocado de piso.

—¿A quién buscaba? —preguntó la muchacha.

—A mi amigo Warren Clarke…

—Vive aquí —sonrió ella—. No se ha equivocado de puerta.

Arnold miró fijamente a la chica.

—A usted la conozco yo —dijo.

Ella se echó a reír.

—Todos los días me dedico a convencer a la gente de que debe meditar sobre las bondades del Gran Guía —contestó—. Me llamo Edna Snery —añadió.

—Ah, la locutora —sonrió Arnold. Alargó su mano—. Encantado, Edna; soy el historiador Louis Arnold, pero puede llamarme Lou.

—Mucho gusto, Lou. ¿Quiere pasar? Warren está en el baño; saldrá en seguida.

Arnold cruzó el umbral.

—¿Café? —invitó Edna.

—Sí, muchas gracias.

Edna se acercó a la máquina y llenó dos vasitos.

—¿Es usted la prometida de Warren, Edna? —preguntó él.

—No, simplemente su prima. Su madre y la mía son hermanas. Yo he venido a felicitarle por la elección de que ha sido objeto.

—Lo mismo me pasa a mí —declaró Arnold—. Warren y yo estudiamos juntos, si bien yo derivé hacia la Historia, en tanto que él se graduó en Política.

—Ah, ya entiendo.

Clarke salió en aquel momento. Era un hombre de gran corpulencia, muy atractivo físicamente, de pelo castaño y ojos claros. Arnold sabía que era la clase de tipo que hacía volver la cabeza a las mujeres en la calle.

—¡Lou, muchacho! —exclamó Clarke—. ¡Qué alegría verte por mi casa! ¿Le has invitado, prima?

—Sí, ya le he dado café —sonrió Edna, mientras los dos hombres se estrechaban las manos—. No sabía que Lou fuese amigo tuyo.

—Estudiamos juntos, aunque a mí me costó cinco años más conseguir el grado. Soy un poco torpe —confesó Clarke jovialmente.

—No eres torpe lo que pasa es que te gustaba más la Medicina, rama de anatomía femenina—rio Arnold.

Edna se echó a reír.

—Sí, siempre ha sido un poco conquistador —dijo.

Y, en aquel momento llamaron a la puerta.

Edna fue a abrir. La figura de un hombre, vestido con su rutilante mono de color dorado y casco del mismo tejido, apareció ante sus ojos.

—Soy el coronel Li-Oon —se presentó el recién llegado Tengo noticias de que vive aquí el doctor Warren Clarke.

—¡Aquí me tiene, coronel! —exclamó el aludido—. ¿Puedo servirle en algo?

Li-Oon hizo una profunda reverencia.

—Señor, he sido comisionado para acompañarle a la residencia de

nuestro Gran Guía, del cual será usted sucesor, según dispone la ley —declaró pomposamente el coronel.

Clarke carraspeó.

—Me siento profundamente emocionado y haré todo lo posible por conseguir la felicidad de nuestro pueblo —dijo con gran solemnidad.

—Tengo la seguridad de que así será, señor —contestó Li-Oon.

Clarke se despidió de la pareja.

—Adiós, prima. Adiós, Lou —dijo—. Os veré en cuanto pueda.

—Felicidades, Warren —contestó la muchacha.

—Seré tu más obediente servidor —aseguró Arnold.

Clarke y el coronel se marcharon. Edna corrió hacia la ventana, seguida por Arnold.

A los pocos momentos, vieron salir a los dos hombres.

Había una doble fila de soldados, con uniforme de gala, presentando armas. Warren y el coronel subieron a un gravimóvil, que se elevó en el acto, escoltado por seis aparatos idénticos, que volaban en dos filas paralelas, a ambos lados del primero.

Edna suspiró.

—¡Quién lo dijera! Mi primo, un día, será el Gran Guía.

—Espero que las cosas mejoren un poco —rezongó Arnold.

Edna se volvió, sorprendida.

—¿Por qué? ¿Tan mal van ahora? —se extrañó.

—Bueno, si con Gray, que es un hombre inteligente, trabajamos tanto, ¿qué será con Warren, que tiene de listo lo que yo de buscador de oro?

—Caramba, qué mal califica usted a mi primo —se dolió la muchacha.

—Sólo en cierto sentido, Edna. Por lo demás, es un buen hombre y un magnifico amigo. Pero en modo alguno es la persona adecuada para convertirse en el jefe supremo de la Tierra —aseguró Arnold rotundamente.

* * *

El locutor dijo:

—Los diagnósticos se han confirmado, por desgracia. Nuestro amado Gran Guía padece «neocáncer-7» y ha acogido con inigualable valor la noticia de que sólo le quedan de seis meses a un año de vida.

Resignadamente, aunque pensando, desde luego, en el mejor futuro de la humanidad, ha hecho su nombramiento de sucesor, distinción que, como todos saben, ha recaído en el doctor en Política, Warren Clarke, de quien todos esperamos lo mejor el día en que tome el título de Gran Guía…

Un papel cayó de pronto sobre la mesa del locutor.

—Perdón —dijo—, acaban de darme una nueva noticia. Al fin de instruir mejor a su sucesor, el Gran Guía iniciará un retiro de dos meses en su refugio, a cuyo retiro la acompañarán su esposa y el designado sucesor. Mientras tanto, y a título provisional, Will Uthell, secretario de Esfuerzo, ocupará el puesto de jefe supremo de la Tierra, hasta el momento de la solemne proclamación de nuestro futuro Gran Guía.

Arnold cerró el televisor.

—Compadezco a Warren —murmuró.

Y se fue a acostar.

Al día siguiente llamó a Edna.

—Me gustaría charlar un rato con usted —manifestó.

—No tengo inconveniente —accedió la muchacha—. ¿A las cinco, en el Parque Doce?

—Entrada sur.

—De acuerdo.

Arnold y Edna se encontraron en el sitio acordado.

—Una siente deseos de compañía —dijo él, mientras paseaban por el sendero enarenado—. Se vive solo, como enclaustrado; de casa al trabajo y del trabajo a casa, sin distracciones, sin, diversiones…

—Tenemos la televisión, Lou —alegó ella.

—Pero nada más y con los programas que fija alguien, ignorando por completo los gustos del público. Ahora trabajamos más que nunca, nueve horas al día. Eso no es justo. Hace más de cuatrocientos años, en algunos países se había llegado a la semana de tres días y siete horas diarias. ¿Cómo es posible que hayamos retrocedido tanto?

—Lou, todo es gratis hoy día: ropa, comida, bebida, sanidad… No podemos quejamos, pienso yo.

—Pero carecemos por completo del espíritu de iniciativa.

—Usted deseó ser historiador y lo es, ¿no?

—Desde luego. Pero, ¿qué se hace de mis trabajos y mis estudios? Se archivan, simplemente; no se enseñan a nadie ni nadie aprovecha mis conocimientos y mis investigaciones históricas. Produce frustración y

amargura ver que el trabajo de uno resulta completamente inútil.

—Inútil, no, Lou, no sea pesimista. Sus trabajos serán aprovechados algún día.

—Pero no hoy, y eso es lo que yo querría, Edna.

La muchacha suspiró.

—Veo que no nos entendemos —sonrió—. ¿Por qué no cambiamos el tema, Lou?

—Con mucho gusto. ¿De qué hablamos?

—De quién, está mejor dicho, Lou. Hablemos de mi primo Warren.

—Ah, sí —contestó él—. Resulta inconcebible que haya sido elegido como futuro Gran Guía. ¡Pobre humanidad! —añadió Arnold con lúgubre acento.

CAPÍTULO IV

—¿Qué te parece, Martha?

Los ojos de la mujer contemplaron la imagen que aparecía en la pantalla del televisor. El tamaño de la pantalla era superior a los dos metros, y el color era absolutamente natural.

—Un espléndido ejemplar, Gerard —dijo ella, con ojos brillantes.

—Así opino yo —sonrió el Gran Guía—. Espero que ese cuerpo me dure un poco más que el actual.

—Yo también lo creo así, cariño. Mira que encontrarte ahora con el «neocáncer-7».

—No entiendo cómo pudo ocurrir tal cosa. El cuerpo de Gray ofrecía absolutas garantías de salubridad.

—A veces, pasan esas cosas —dijo Martha—. Confío, sin embargo, en que no ocurra con Clarke.

—No te quejarás de mí —sonrió Gray—. Te he elegido el mejor cuerpo que se podía encontrar.

—Cierto, aunque ahora viene mi problema, Gerard. Estoy por los cuarenta y tantos años. Si tú te «mueres», yo también querré cambiar de cuerpo.

—Lógico, querida. ¿Lo has elegido ya?

Martha sonrió, a la vez que le alargaba una serie de fotografías de hermosas jóvenes.

—¿Qué te parecen? ¿A cuál elegirías tú, Gerard?

Gray dudó unos instantes. Luego señaló a una auténtica belleza, de cabellos negros como ala de cuervo y ojos verdes.

—Estoy un poco cansado de tu pelo rubio y tus ojos azules —rio.

—Yo también —contestó ella—. Me gusta tu elección.

Gray dio la vuelta a la fotografía.

—Patty Sherad, veinticuatro años, soltera, estudiante de Filosofía, 25ª Avenida, 8.717, piso 11º, puerta B —leyó.

—Muy bien. Haré que la traigan inmediatamente, Gerard. Una vez que hayamos intercambiado los cerebros y tenga mi cuerpo nuevo, trasplantaré el tuyo al cuerpo de; Warren.

—¿Qué pretexto emplearás para traer a la chica al refugio? —preguntó él.

Martha tomó una hoja de papel y, después de leerla brevemente, contestó:

—Patty Sherad está redactando una tesis sobre la infalibilidad del Gran Guía. Opino que añadir una entrevista personal a esa tesis será cosa interesante para ella.

—No es mala idea —aprobó Gray—. ¿Cuándo?

—Lo antes posible, querido.

—Muy bien. Yo voy a conversar un rato con mi… nuevo cuerpo —sonrió él.

—Y yo voy a ver a Li-Oon para que traiga a Patty Sherad. Después, bajaré al quirófano para tener todo dispuesto.

La mujer salió de la estancia y pasó a un salón. En las manos llevaba la fotografía de Patty Sherad.

El coronel Li-Oon era el comandante de la guardia personal del Gran Guía, y seguía a éste en todos sus desplazamientos, junto con la escolta. En el refugio disponía de un alojamiento privado, separado del edificio donde se alojaban los guardias.

Martha tocó un timbre. Dijo:

—Coronel, haga el favor de venir. Le espero en el salón.

—Al momento, señora.

Li-Oon compareció apenas un minuto después y saludó con respetuosa rigidez. Martha le entregó la fotografía.

—Coronel, esta linda chica es estudiante y está redactando una tesis sobre la infalibilidad del Gran Guía. Mi esposo y yo hemos opinado que sería bueno ayudarla a conseguir su tesis mediante una serie de entrevistas personales.

—Sí, señora.

—Tráigala aquí en cuanto le sea posible, coronel—sonrió Martha.

—Tardaré lo menos posible—aseguró Li-Oon, con su impasibilidad de costumbre.

* * *

—¿Cómo está, Edna? —saludó Lou Arnold.

—Oh, ¿qué tal, Lou? —sonrió Edna—. Un encuentro inesperado, ¿no cree?

—Aunque no por ello menos agradable. ¿La acompaño?

—Si no le desvío de su camino… Yo no voy ahora a mi casa, Lou.

—No tiene importancia el que yo llegue unos minutos más tarde a la Biblioteca —contestó él.

—¿Todavía sigue con sus estudios sobre Historia?

—Sí, es algo que me apasiona, Edna —confesó el joven.

—¿Qué hace ahora, Lou?

—He decidido empezar un estudio sobre los Grandes Guías que hemos tenido, a partir del momento en que se unificaron todos los Gobiernos de la Tierra.

—Ah, muy interesante. Y, ¿espera conseguir algo?

Arnold se encogió de hombros.

—La verdad, no siento demasiados alicientes —contestó—. Me gustaría enseñar en una cátedra, escribir un libro, colaborar en revistas…, pero todo eso son cosas ya muy anticuadas. Todo se aprende y se ve en la televisión, Edna.

—Tampoco está mal. Resulta interesante y es cómodo.

—Pero mata todo espíritu de iniciativa, Edna —se quejó él—. Sí, efectivamente, tenemos todo resuelto, desde el nacimiento a la muerte, pero, aunque podemos movemos libremente por las calles, nos parecemos a esos animales enjaulados y privados de su libertad. En su medio ambiente, corren muchos riesgos y luchan por su supervivencia, pero están fuertes y ágiles y son ellos mismos los que resuelven su existencia. Sin jaulas, nosotros somos lo mismo que los animales del Zoo.

—Es usted un poco pesimista —rio Edna—. Yo me siento feliz así, Lou.

—Quizá se conforma con lo que tiene, lo que, en el fondo, no está mal. Pero yo aspiro a más, Edna. No sé cómo definirlo; quizá soy de espíritu inconformista… y eso es algo que no puedo remediar.

—Pero, Lou, si se vive tan bien así…

—¿De veras? Oiga, voy a ponerle un ejemplo para que se dé cuenta de cómo el sistema actual ha matado todo espíritu de iniciativa.

—Venga ese ejemplo, Lou —dijo ella, de buen humor.

—Si yo le pidiera ahora que se casase conmigo, ¿qué me contestaría usted?

Edna se quedó un momento sorprendida. Luego contestó:

—Bien, iría a consultar con una computadora sobre las cualidades de mi pretendiente…

—¿Lo ve? —dijo Arnold tristemente—. Consultar a una computadora sobre algo tan íntimo y personal como es el matrimonio. Antiguamente, estas cosas se hacían por sí mismo y las decisiones eran tomadas por el interesado y no por una computadora.

Ella fue a decir algo, pero, de repente, exclamó:

—Ah, ya estamos llegando a casa de mi amiga. ¡Mire, Lou! —añadió, vivamente sorprendida—. ¿Qué es eso? Hay guardias en la puerta.

Había seis hombres uniformados, en dos filas, a ambos lados de la entrada del edificio. Arnold reconoció los uniformes en el acto.

En el mismo momento, salieron dos personas de la casa. A una de ella ya la conocían los dos jóvenes. Era el coronel Li-Oon.

—¡Pero si es mi amiga Patty! —exclamó Edna—. ¡Patty, Patty! —llamó.

La otra muchacha, alta y esbelta, muy hermosa, se volvió con la sonrisa en los labios.

—¡Hola, Edna! Perdona que no te atienda, pero tengo prisa —contestó.

Arnold y Edna se acercaron a la fila de guardias más próxima.

—¿Adonde la llevan, coronel? —preguntó Edna.

—Responda usted, señorita —dijo Li-Oon.

—Edna, soy la mujer más afortunada del mundo —manifestó Patty, con ojos muy brillantes—. Voy a sostener una serie de entrevistas personales con el Gran Guía, que me servirán para redactar una tesis acerca de su infalibilidad.

—¡Maravilloso! —exclamó Edna—. Te felicito, Patty.

La otra chica agitó una mano.

—Adiós, Edna; ya te llamaré cuando vuelva del refugio —se despidió.

Patty, Li-Oon y los guardias se marcharon. Arnold soltó un bufido.

—¡La infalibilidad del Gran Guía! ¡Será una tesis sobre el cretinismo colectivo!

—No sea hiriente, Lou —le reprochó Edna—. No hay decisión del

Gran Guía que no sea enteramente acertada.

—Prefiero no discutir —resopló él—. No quiero discutir más sobre ese asunto, porque cada vez que lo pienso me hierve la sangre. Edna, dispénseme, pero se me hace tarde.

Edna se quedó muy sola, llena de extrañeza.

—¿Qué le pasará a ese chico? —se preguntó.

Porque, en medio de todo, apreciaba bastante a Arnold y sus ideas, que ella estimaba disparatadas y carentes de sentido común, la afligían más de lo que creía.

* * *

Sentado ante el teclado de la máquina lectora, Arnold formuló una petición.

La pantalla se iluminó a poco:

Rafferty, John Thomas Alva.

Nacido el 2-IV-2338 en Nueva Atenas.

Estudios: Reglamentarios.

Especialidad: Geohistoria.

Doctorado por la Universidad número 73.

En 9-I-2373 fue designado sucesor del anterior Gran Guía.

El 11-IV-2373 ocupó el puesto de Gran Guía, por fallecimiento del anterior.

El 20-VIII-2401 falleció y, al día siguiente, según lo prescrito por la ley, ocupó el puesto de Gran Guía, el sucesor nombrado, Honorable Gerard Gray.

—¡Caramba! ¡Qué pocos años vivió Rafferty! —se dijo Arnold.

* * *

El ascensor llevó a Gray hasta un profundo sótano. Martha estaba ya en el lugar.

Tendida sobre una mesa, se encontraba Patty Sherad. Patty parecía profundamente dormida.

Estaba cubierta por una sábana.

—¿Qué te parece? —preguntó Martha, jovialmente—. ¿Te gusta?

—Es muy hermosa —contestó.

—Ese será mi nuevo cuerpo y mi nueva identidad —sonrió ella.

—¿Estás lista? —preguntó Gray.

Martha miró un instante la cabeza de Patty, que aparecía completamente afeitada. Luego se acarició un momento su abundante cabello.

—Empieza a raparme —contestó—. O si no, mejor, aguarda a que me hayas dormido, Gerard.

—Como quieras, preciosa.

Martha se tendió sobre otra mesa, situada junto a la que ocupaba Patty. Gray la cubrió con otra sábana, dejando al descubierto su brazo izquierdo, en el que, poco después, aplicó una dosis de anestésico.

Un minuto más tarde, Martha estaba dormida. Gray pasó a la cámara de desinfección, a fin de que su cuerpo, pero sobre todo sus manos, que eran las que moverían los instrumentos quirúrgicos, quedasen completamente estériles.

—Tal vez hubo algún fallo la vez anterior en el sistema de esterilización y por eso he contraído yo el «neo-cáncer—7» —se dijo.

CAPÍTULO V

Sonaron campanas de duelo en la TV. El locutor dijo:

—Una inmensa desgracia aflige al planeta, porque es la desgracia que aflige a nuestro Gran Guía. Un infortunado accidente ha privado a nuestro Gran Guía de su amada compañera, de la mujer que durante años ha compartido con él penas y alegrías y hasta las responsabilidades del poder. Nos referimos a la ilustre dama Martha Gray, quien ayer, durante una excursión en las inmediaciones del refugio, en donde el Gran Guía se había retirado para instruir a su sucesor, tuvo la desgracia de perder pie y caer por un profundo abismo, sufriendo tan graves lesiones, que falleció casi instantáneamente.

»El dolor del Gran Guía es nuestro dolor, conciudadanos. Meditemos sobre la fragilidad de la vida humana, compartamos la aflicción de nuestro primer hombre en la Tierra, enviémosle mentalmente nuestro consuelo…

—¡Pobre mujer!—exclamó Arnold.

El locutor añadió:

—Se ha decretado un mes de luto oficial. Las emisiones de televisión quedaren reducidas a los noticiarios en las horas habituales. El entierro de la primera dama se anunciará oportunamente.

»Otra noticia, queridos espectadores. El Gran Guía ha designado secretaria personal a la señorita Patty Sherad, estudiante de Ciencias de la Jefatura Suprema de la Tierra.

La imagen cambió y apareció un panorama del refugio del Gran Guía, situado en las montañas, en un lugar de indescriptible belleza. La

escena estaba acompañada por la banda sonora de una marcha fúnebre.

Sonó el videófono. Era Edna.

—Lou, ¿se ha enterado?

—Sí, acabo de oír la noticia. Lamentable, Edna.

—Sí, ella era muy buena. Me imagino que el Gran Guía estará destrozado.

—Por supuesto. Martha era muy joven, ¿no es cierto?

—Cuarenta y cinco años, Lou. Cuando la media de la vida humana es de ciento treinta y cinco años, esa edad es de plena juventud. Como la del Gran Guía, que va a cumplir sesenta y un años… si su enfermedad se lo permite.

«Curioso. Rafferty vivió solamente sesenta y tres años», pensó Arnold.

—¿No me dice nada, Lou? —preguntó ella, en vista del silencio del joven.

—Oh, perdone, me había distraído un poco. ¿Asistirá a las exequias?

—Se darán por televisión. Sólo asistirán los miembros del Gobierno y personas muy allegadas, entre ellas, el sucesor y Patty.

—Esa chica ha hecho su suerte, ¿eh? —sonrió Arnold.

—Figúrese, Lou. Claro que si Gray muere pronto, el sucesor puede tener otras ideas respecto a su secretaria privada.

—Claro. Bien, aunque sea por tan lamentable motivo, celebro mucho haber visto su linda cara en la pantalla. ¿Cuándo la veré en persona?

Edna se echó a reír.

—Estos días, los locutores de televisión andaremos un poco atareados —contestó—.Ya le llamaré yo, Lou.

—De acuerdo, pero no tarde, Edna.

Arnold cerró la comunicación. Luego, reclinado en el diván, meditó acerca de un extraño detalle que le había sugerido por el diálogo sostenido con Edna.

—Rafferty, sesenta y tres años. Gray, sesenta o sesenta y un años. ¿Por qué han vivido tan poco? —se preguntó.

Al día siguiente, estaba de nuevo en la Biblioteca Central.

* * *

La pantalla se iluminó. Arnold leyó:

Álvarez, Marcos Cruz.

Nacido el 29-III-2308, en Nueva Valencia.

Estudios: Reglamentarios.

Doctor en Leyes y Política por las Universidades números 12, 28 y 130.

El 16-V-2349 fue designado sucesor del anterior Bran Guía.

El 21-IX-2349 ocupó el puesto de Gran Guía, por fallecimiento de su antecesor.

El 10-IX-2373 falleció y, al día siguiente, según lo prescrito por la ley, ocupó el puesto de Gran Guía, el sucesor designado, Honorable John Thomas Alva Rafferty.

Arnold respingó.

—¡Otro Gran Guía de vida corta! ¡Sólo sesenta y cinco años! —exclamó, casi en voz alta.

«¿Por qué los Grandes Guías vivían mucho menos que los ciudadanos corrientes?», se preguntó, lleno de perplejidad.

Arnold abandonó la Biblioteca sumido en un mar de interrogantes, para los cuales, por el momento, no tenía ninguna respuesta.

Su consulta había sido grabada en una tarjeta que, por medio de los canales correspondientes, fue a juntarse con otras en las que constaban las consultas hechas anteriormente.

Un funcionario de la Biblioteca repasó, rutinariamente, las consultas de Arnold y se extrañó de que tres de ellas, en un plazo relativamente breve, versaran sobre las vidas de los Grandes Guías.

Las tres tarjetas, unidas por una grapa, fueron a parar a la mesa de su inmediato superior, quien la envió a otro funcionario de mayor categoría. Este, a su vez, envió las tarjetas al inspector máximo de Cultura.

El IMC encontró sospechosa aquella serie de consultas y efectuó una llamada videofónica. Al, otro lado de la línea estaba un coronel de policía.

El coronel de policía creyó su deber informar a Li-Oon, aunque, entre unos trámites y otros, pasaron bastantes días, máxime, teniendo en cuenta las relativas perturbaciones que en el buen funcionamiento de las oficinas había causado la muerte de la primera dama de la Tierra.

Mientras tanto, Arnold había hecho sustanciosos progresos en sus investigaciones.

* * *

Los ojos de Gray contemplaron, fascinados, la espléndida escultura viviente que era Patty Sherad.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él.

Patty movió los dedos.

—Con unos reflejos magníficos —contestó—. Como si este cuerpo fuera mío desde mi nacimiento.

—Te felicito —dijo Gray. Y se acercó a la joven para abrazarla, pero ella le rechazó dulcemente.

—Espera, Gerard—dijo.

—¿A qué he de esperar? —se extrañó él.

—Tienes un cuerpo viejo y gastado —contestó Patty maliciosamente.

—Mujer, pero, es que viéndote a ti…

—Aun así, has de esperar, Gerard.

El Gran Guía hizo un gesto de resignación.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Quiero tenerte cuando tengas tu nuevo cuerpo —dijo Patty.

—Ah, ya —sonrió Gray—. Pues, entonces, ¿a qué aguardamos, cariño?

—Prácticamente, el ascensor.

—¿Y Warren?

—Abajo. Ya está narcotizado.

Gray la agarró por un brazo.

—¡Vamos! —exclamó con vehemencia—. ¡Estoy impaciente por sentirme en el cuerpo de ese Apolo!

Momentos después, se hallaban en el quirófano subterráneo. Warren Clarke aparecía dormido, tendido sobre la mesa de operaciones. Su cuerpo desnudo estaba cubierto sólo por una sabana.

Gray empezó a quitarse las ropas. De pronto, se fijó en un detalle.

—¡Eh, que no le has afeitado la cabeza! —exclamó.

—Sí —contestó Patty—, es que no quise perder tiempo. Os la afeitaré a ambos al mismo tiempo… Bueno, uno tras otro, claro —se corrigió, riendo, mientras preparaba la dosis de anestésico.

Momentos después, Gray dormía en la cama contigua a la ocupada por su sucesor.

* * *

—¡Pero eso que dices es absurdo, disparatado! —exclamó Edna.

Arnold meneó la cabeza, mientras se paseaba nerviosamente por la estancia.

—No, no lo es —contestó—. Todos los Grandes Guías, desde que se fundó el cargo, han vivido una media de sesenta a setenta años. Prácticamente, la edad de todos oscila entre los sesenta y los sesenta y cinco años. Sólo uno llegó a cumplir lo setenta.

Edna parpadeó.

—Bueno, pero, ¿qué quieres darme a entender con ello, Lou?

Ya se tuteaban.

—Hay algo extraño en la conducta de todos los Grandes Guías. Hasta que se creó el cargo, la elección del primer magistrado, es decir, presidente de la Tierra, era por votación. Después del primer Gran Guía fue cuando se instauró el sistema actual.

—Yo lo encuentro muy adecuado. El Gran Guía tiene tiempo suficiente para estudiar a su sucesor. Además, hay un Gobierno que puede contrapesar sus decisiones…

—Eso era al principio, Edna. Ahora, el poder del Gran Guía es absoluto. Cuando un secretario se opone a alguna decisión suya, lo despide y nadie le pide cuentas. Ni se atreve a pedírselas, claro.

Edna se quedó muy preocupada.

—¿Tratas de decirme que hay una especie de casta o sociedad secreta, que proporciona los Grandes Guías al sistema político actual?

—Muy posible, pero es que, además, he descubierto que hubo tres presidentes mundiales, sucesivos cronológicamente, los tres inmediatamente anteriores al primer Guía, que sólo vivieron la edad media mencionada. Y todavía me falta otra cosa por añadir.

—Dímela, Lou.

—El refugio, es decir, la posesión actual a la cual se retira el actual Gran Guía, perteneció ya al antepenúltimo presidente de la Tierra. Todos sus sucesores, es decir, los dos siguientes presidentes y los restantes Grandes Guías han utilizado el refugio como lugar de retiro.

—Esa posesión debe de ser del estado mundial, ¿no crees?

Arnold hizo un gesto negativo.

—Era propiedad particular del primero de los tres últimos presidentes—contestó.

—Pero, no entiendo qué tiene que ver el refugio con el actual sistema político…

—Yo tampoco, y quisiera averiguarlo, Edna, porque no me gusta vivir en una sociedad de borregos. Quiero un mínimo de libertad, para

tomar también un mínimo de decisiones, sin que hasta la cantidad de aire que debo respirar me venga medida de lo alto, ¿comprendes?

Edna hizo un gesto de pesar.

—Temo que te has embarcado en una empresa de muy altos vuelos —dijo con acento pesimista.

—Veremos —respondió él.

Y entonces fue cuando llamaron a la puerta.

Edna se levantó a abrir. La entrevista tenía lugar en su casa.

Tres hombres de uniforme, uno de ellos con divisas de capitán de la guardia personal del Gran Guía, aparecieron ante la joven.

—Tenemos informes de que el historiador Lou Arnold se encuentra en este piso —dijo el oficial.

—Así es—confirmó Arnold—. Yo soy. ¿Qué desea de mí?

—Soy el capitán Dwee Harl. Lo siento, historiador, pero traigo una orden de arresto contra usted.

Edna lanzó un grito de asombro.

—¿Por qué? —gritó.

—Actividades ilegales —dijo Harl, impasible—. Haga el favor de acompañarnos, historiador.

—¡Un momento, capitán! —exclamó Arnold—. Yo no he hecho nada…

—Historiador —le interrumpió Harl fríamente—, sentiría mucho tener que recurrir a la fuerza para ejecutar la orden de arresto.

Aquellas palabras eran harto significativas. Apretando los puños, Arnold avanzó hacia la puerta.

—Sin duda, se trata de un error, Edna —dijo—. Te veré muy pronto.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

«Las actividades ilegales citadas por el capitán Harl, ¿eran las investigaciones sobre la vida de los Grandes Guías?», se preguntó, sumida en un océano de dudas.

* * *

El Gran Guía murió.

Las campanas —grabaciones antiguas— tocaron a duelo. Millones de mujeres se vistieron de negro. (El Gobierno regalaba ropas de luto.)

El Gran Guía fue sepultado en el mausoleo donde reposaban sus antecesores, por la noche, con su guardia personal formada y miles de

personas portando antorchas.

Al día siguiente, según prescribía la ley, se efectuó la proclamación del sucesor.

Warren Clarke fue nombrado Gran Guía por el Tribunal Supremo, en presencia de los miembros del Gobierno, que, reglamentariamente, presentaron la dimisión acto seguido. Clarke les rogó continuasen de momento en sus puestos.

Patty Sherad contempló la escena desde un lugar discreto. Más tarde, terminadas las ceremonias oficiales, fue llamada a las habitaciones particulares del Gran Guía.

—He decidido casarme contigo —dijo Clarke.

Patty sonrió.

—Soy tu esclava —contestó.

—Vamos, vamos, no digas bobaditas —rió Clarke, a la vez que la estrechaba entre sus brazos—. Serás mi esposa, la primera dama de la Tierra.

Patty se dejó besar

—Estás muy fuerte —suspiró, poco después.

Clarke hizo una ostentación de músculos.

—Siempre me ha gustado el ejercicio físico —explicó—. Y seguiré haciendo ejercicio físico todos los días, durante, al menos, un par de horas. Gray creo que no era muy aficionado a la gimnasia, ¿verdad?

—Tenía otros gustos —sonrió ella.

Clarke volvió a abrazarla.

—Seremos muy felices, ya lo verás —prometió.

—No lo dudo, querido —respondió Patty.

CAPÍTULO VI

Los guardias introdujeron a Arnold en el tribunal. Salvo el juez, el acusado y los guardias, sólo había un espectador.

Era Edna.

Arnold quedó frente al juez, quien tenía ante sí una carpeta con los documentos del proceso.

—Se le acusa de actividades ilegales —dijo el juez—. Puede formular sus descargos, acusado.

—En primer lugar, desearía saber de dónde provienen tales acusaciones que, desde aquí, estimo de infundadas —contestó Arnold.

—La ley autoriza a no declarar el nombre de su acusador. Pero, en cambio, le otorga el derecho a defenderse a sí mismo.

—¡Bonito derecho! —bufó el preso—. ¿De qué me va a servir si ya estoy condenado de antemano?

—El acusado insulta a este tribunal con suposiciones gratuitas —dijo el juez severamente—. Ya conoce cuál es la acusación. Defiéndase, ahora, de los cargos que se le imputan.

—Mis actividades ilegales han consistido en investigaciones históricas, de acuerdo con mi profesión, eso es todo.

—¿Qué clase de investigaciones?

—Quería estudiar las vidas de los Grandes Guías.

—Eso está prohibido.

—Entonces, ¿por qué no suprimes esos temas de la sección de Historia de la Biblioteca Central? No hay ninguna ley que impida consultar cualquier tema de los que allí se archivan, y el de las vidas de los Grandes Guías figura entre los permitidos para consulta.

—Se cometió una omisión, que ya ha sido subsanada. El acusado, al estudiar ese tema, cometió un delito que pudo ser origen de grandes

perturbaciones en el actual sistema político. Por tanto, se le considera culpable de dicho delito y se le condena a degradación de su actual estado social y se le condena a diez años de servicio en una fábrica de alimentos.

Arnold abrió la boca.

—¡Pero eso es una injusticia! —gritó.

El mazo del juez golpeó la mesa con furia.

—Acusar a este tribunal de emitir sentencias injustas es delito —tronó—. Por tanto, sus palabras merecen dos años más de servicio en el lugar antes mencionado. Y se le advierte que si insiste en hablar de forma tan irrespetuosa como insultante, se le amordazará físicamente.

—Amordazarán mi boca, pero no mi conciencia —respondió Arnold—. Sigo considerándome inocente.

—El juicio ha terminado —decretó el juez—. Guardias, conduzcan al condenado a su encierro, hasta el momento en que deba ser trasladado a la fábrica de alimentos, que será la número Veintidós.

* * *

Edna se echó a llorar.

Los rumores decían que no se conocía de ningún condenado a servir en una fábrica de alimentos que hubiera vuelto con vida a la sociedad.

Aún había peores rumores. Se decía que los cadáveres de los condenados que morían antes de finalizar el plazo de su sentencia, eran arrojados a las gigantescas trituradoras que molían los alimentos antes de enviarlos por las canalizaciones correspondientes a las máquinas dispensadoras de comida.

Aquella misma tarde, Edna fue a visitar a Arnold en su encierro.

—Arriesgas mucho, viniendo a verme —dijo él, agarrado a los barrotes de su celda.

—No importa. Empiezo a abrir los ojos, Lou —contestó Edna.

—Lo celebro infinito. Vivimos bajo un sistema injusto, pero no te repetiré más quejas. Quiero que lo veas por ti misma.

—Sí, Lou. Pero…, temo por ti…

Arnold sonrió.

—Soy fuerte —contestó—. No te preocupes.

—Dicen que nadie sale con vida de allí.

—Alguno ha de ser el primero, Edna.

—Iré a visitarte siempre que pueda y te escribiré, Lou —prometió la

muchacha.

—Casi me gustaría más que hicieras otra cosa por mí —pidió él.

—Dime, Lou.

—Investiga las vidas de las primeras damas, incluyendo las de los tres últimos presidentes.

—¿Por qué? Eso no tiene nada que ver…

—Edna, los tres últimos presidentes y los siguientes Grandes Guías vivieron una edad media de sesenta y tantos años. Ninguno de ellos tuvo hijos. ¿No te parece un tanto extraño?

—Pues…

—Un Gran Guía, y siempre han sido casados, pudo haber tenido hijos. ¿Por qué no nombrar sucesor a uno de sus hijos? Nunca ha sido así, en más de cuatro siglos, ningún jefe supremo de la Tierra, presidente o Gran Guía, ha tenido hijos. Haz lo que te he dicho, Edna. No tengas prisa, pero no lo descuides.

—Investigaré, te lo prometo —aseguró la muchacha.

* * *

—He recibido una carta —dijo Clarke.

—¿Interesante? —preguntó Patty, mientras se cepillaba el pelo, sentada ante el tocador.

—Es de un tal Lou Arnold, historiador. Ha sido condenado a doce años por actividades ilegales e injurias al, tribunal. Se considera inocente y me pide que lo indulte.

Patty dejó el cepillo a un lado y se puso en pie.

—A ver —pidió—, déjame la carta.

Clarke la entregó. Patty la leyó atentamente.

Mientras ella leía, Clarke dijo:

—Según la ley, puedo conceder el indulto, querida.

—No en este caso. —Patty rompió la carta en mil pedazos, que tiró a un rincón—. La condena es absolutamente justa.

—Ah, ya estás enterada del caso.

—Sí —sonrió la mujer, echándole los brazos al cuello—. Yo me entero de todo, cariño.

—Bueno, si tú opinas que la condena es justa…

Los labios de Patty rozaron los de Clarke.

—Es justa y un Gran Guía debe ser el primero en dar ejemplo, no

interfiriendo las sentencias judiciales. Si concedieras un indulto, a la semana siguiente recibirías diez mil cartas análogas.

—Claro, claro —sonrió él.

—Un Gran Guía ha de ser justo, pero inflexible.

—Sin embargo, en alguna ocasión ha de ceder, querida.

—¿Cuándo? —preguntó Patty.

—Por ejemplo, ahora. Yo siempre cedo ante tus encantos.

Patty se echó a reír. Y no protestó en absoluto cuando los labios de Clarke buscaron vorazmente los suyos.

* * *

Las grandes cintas transportadoras llevaban los alimentos a los gigantescos molinos donde eran reducidos a polvo, al que luego se añadían determinadas cantidades de líquidos de conservación, mezclados con extractos que proporcionaban el gusto a la pasta alimenticia, resultante de la operación. Flanqueando los canales por donde se movían las cintas transportadoras, centenares de presos, armados de largas palas y tridentes revolvían la masa alimenticia, a fin de permitir un oreo general de todos los componentes.

En la masa que corría a través de la cinta, había alimentos vegetales y animales. Los animales destinados al consumo estaban ya muertos, pero iban enteros al molino. A Arnold se le revolvían las tripas cada vez que veía pasar delante de él una vaca o un buey muertos, intactos, con sus cascos y sus pezuñas.

Y no faltaban tampoco los pescados de todas clases e incluso animales que en el pasado habían sido juzgados, incomestibles. En la fábrica, toda sustancia orgánica se transformaba en alimento.

La molienda se hacía en diversas etapas. Los alimentos eran triturados cada vez en proporciones más pequeñas, por poderosos sistemas de cuchillas que giraban a gran velocidad, hasta salir convertidos en una pasta que iba a parar a unos colosales depósitos, de donde, por los canales correspondientes, era transportada al sector correspondiente.

Guardias armados, duros y despiadados, vigilaban la labor de los condenados. Llevaban pistolas nucleares, pero usaban mucho más los látigos que, si lo deseaban, podían soltar dolorosas descargas eléctricas.

El trabajo era agotador, de sol a sol. Gigantescos vehículos, con capacidad para varias decenas de toneladas, iban y venían

constantemente, cargados con vegetales o animales procedentes de las granjas. Ni siquiera sufrían un proceso de lavado o desinfectado; todo se hacía en los molinos.

Arnold manejaba un tridente cuyo mango medía seis metros. Debajo de él pasaban hortalizas, vacas, gansos, ramas de árbol, cañas secas…, una aterradora mezcolanza de materia orgánica, que luego se convertía en pasta alimenticia. Arnold estaba flaco, pero fuerte.

La ración alimenticia era abundante, pero después de ver lo que pasaba ante sus ojos, se sentían náuseas sólo de verla en el plato. Algunos de los condenados se sentían incapaces de tomar una cucharada.

Uno de los presos se detuvo de repente. Jadeaba y sus costados se movían espasmódicamente.

El hombre se apoyó unos momentos en la pala.

—No puedo más —dijo, con lágrimas en los ojos.

Llegó uno de los vigilantes.

—Vamos, mueve esa pala —ordenó secamente.

—Lo siento, no tengo fuerzas…

El guardia no le dejó seguir hablando.

—Dame la pala, por favor —pidió.

El condenado accedió, creyendo que le iban a relevar del trabajo. La pala cayó a un lado.

De repente, un pie se movió con fuerza. El preso lanzó un grito y cayó a la masa que se movía bajo él, a tres metros de profundidad.

—¡Socorro! —gritó.

La cinta se movía en un canal de tres metros de anchura por seis de profundidad. Sin embargo, la carta de alimentos sólo alcanzaba tres metros de espesor.

Animales muertos y vegetales de todas clases envolvieron al desdichado, que se sentía arrastrado inexorablemente hacia un horrible fin. Un brazo asomó de pronto, pero desapareció en seguida, al llegar a la primera trituradora.

Arnold volvió la cabeza a un lado. Sintió unos tremendos deseos de matar al guardia, pero se contuvo.

Si lo hacía, acabaría como aquel desdichado. Los otros guardias no se andarían con contemplaciones.

Su tridente revolvió con furia los alimentos que pasaban bajo él.

—Algún día seré libre y entonces…

Pero, ¿habría libertad para él?

Siguió trabajando. No, no habría libertad; la esperanza había quedado a la puerta de aquel infierno, del que nadie salía con vida.

El domingo era día de descanso. Los depósitos de reserva contenían alimentos suficientes para el suministro, sin necesidad de trabajar.

Los condenados tenían derecho a recibir una visita mensual. Aquel domingo le anunciaron a Arnold una visita.

El corazón le latió con fuerza. Desde el primer momento, adivinó la identidad de su visitante.

* * *

Arnold y Edna juntaron sus manos a través de las rejas. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas, pero sonreía.

—Te encuentro delgado. Y muy moreno —dijo Edna.

—Trabajamos al aire libre, sólo con unos pantalones cortos. Hacemos mucho ejercicio y, a decir verdad, no nos escatiman la comida. Lo que sucede es que, después de ver lo que pasa por delante de nosotros, sentimos náuseas al ver el plato lleno.

—Pero tienes que esforzarte y comer. No puedes permitirte el lujo de la debilidad, Lou.

—Sin embargo, me he pasado casi veinticuatro horas sin comer.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—¿De qué fábrica te llega a ti la comida, Edna?

—De la número Treinta y Nueve. ¿Por qué me lo preguntas?

—Tienes suerte, aunque…, vete a saber. El otro día, uno de los condenados se convirtió en pasta alimenticia. Yo lo vi, Edna.

Los ojos de la muchacha se llenaron de horror.

—¿Es posible? —preguntó.

—Nadie me lo ha contado. Yo mismo lo he visto, querida.

—Creo que tenías razón —murmuró ella—. Este sistema es cruel e injusto, pretendiendo ser justo y benéfico. Nos dan de todo, pero sólo en lo material.

—Celebro que vengas a coincidir conmigo —sonrió Arnold—. Dime, ¿qué has averiguado sobre las primeras damas?

—Algo muy curioso, Lou. Efectivamente, ninguna de ellas tuvo hijos; no se conoce un solo caso de presidente mundial o Gran Guía, que haya tenido hijos. En cuanto a las primeras damas, tanto esposas de presidente como de Gran Guía, su edad media ha oscilado entre los

cuarenta y cinco y cincuenta años. Sólo encontré un caso de cincuenta y dos años.

—Es decir, casi veinte menos que él.

—Así es, Lou. Pero, ¿por qué?

—Edna, tendrías que seguir profundizando.

—No veo cómo, Lou —objetó ella.

—Hubo tres presidentes «sospechosos» antes de que el cargo se denominara Gran Guía. Investiga los antecedentes de la esposa del antepenúltimo presidente: padres, familiares, amistades, profesión… ¿Entiendes?

—Lo haré así, Lou.

—Dime lo que hayas conseguido en la próxima visita. Nada por carta, ¿entiendes?

—De acuerdo. Ah, ¿qué hay de aquella carta que escribiste a mi primo?

Arnold meneó la cabeza.

—Ni siquiera he tenido respuesta —dijo pesarosamente.

—No me gusta, pero tendré que hacerle una visita —exclamó Edna.

* * *

El secretario hizo un ademán negativo.

—Lo siento, señorita; el Gran Guía no puede recibirle —manifestó.

—Usted no se lo ha comunicado siquiera —protestó Edna—. Además, ¿no se dice públicamente, casi a todas horas, que el Gran Guía está dispuesto a recibir a cualquier persona que desee presentarle una queja? ¿No se dice también públicamente que el Gran Guía es el primer servidor del pueblo?' Y, además, soy su prima, así que anúncieme inmediatamente.

La declaración del parentesco amedrentó al secretario. Momentos después, se escuchaba la voz de Clarke a través del interfono.

—Por supuesto, hágala pasar. Tendré mucho gusto en saludar a mi prima.

El secretario condujo a Edna hasta un saloncito particular. Momentos después, Clarke, lujosamente ataviado, apareció ante ella.

—Hola, querida —saludó con afectuosidad—. ¿Qué te trae por la residencia?

—No estaba segura de que mi felicitación escrita llegase a tus manos; por eso, y aunque con retraso, he decidido hacerlo

personalmente, Warren.

—Mil gracias, Edna —sonrió Clarke—. ¿Cómo están tus padres?

—Bien, no se pueden quejar. Quiero hablar contigo, Warren.

—¿Algo de interés?

—Sí. Una carta. La recibiste hace algunos meses.

Clarke hizo un gesto con la mano.

—¡Recibo tantas!

—De la que yo digo te acordarás. Te la escribió un amigo tuyo, Lou Arnold.

Las cejas del Gran Guía se levantaron.

—Ah, sí, ahora recuerdo. Arnold está condenado a doce años. Me pedía el indulto —contestó.

—Y ni siquiera le contestaste.

—¿Para qué? Tenía que decirle que no, así que preferí no contestarle.

Edna le miró extrañada.

—¿Qué te sucede, Warren? Antes no eras así. Yo tenía un primo simpático, amable, deseoso de agradar a todo el mundo…

—El cargo impone muchas obligaciones, querida —respondió él fríamente—. Al llegar a esta situación, hay que dar de lado muchas consideraciones personales. Trata de comprenderme, querida.

—Muy bien, te comprendo —respondió Edna con no menor frialdad —. Al menos, permíteme que diga que siento haberte molestado. Y no quiero continuar molestándote más, como es lógico.

Alguien entró de pronto en el salón.

—Oh, dispensen —exclamó Patty—. No sabía que tuvieras visita.

—Ya me iba, Patty —dijo Edna—. Ahora te felicito de viva voz, antes lo hice por escrito.

Patty enarcó las cejas, con gesto de extrañeza.

—Es mi prima Edna, Patty —presentó Clarke.

Patty sonrió.

—Celebro mucho conocerte, querida prima —dijo.

—Ya —sonrió Edna—. Tú también te sientes obligada por las circunstancias del cargo de primera dama, ¿no es así? Bien, creo que aquí estorbo. Adiós.

Edna abandonó el salón con vivo taconeo. Entre los privilegios de que gozaba el Gran Guía, figuraba el de poder consumir alimentos en estado natural. Con gesto de indiferencia, Clarke se acercó a un gran

frutero, repleto, y arrancó un par de granos de un espléndido racimo de uva.

CAPÍTULO VII

—Esa chica, ¿es prima tuya? —preguntó Patty al quedarse solos.

—Sí, ya te lo he dicho antes —contestó Clarke—. Hija de una hermana de mi madre. Patty, yo creí que estabas impuesta de las personas de mi familia más allegada.

—Lo siento —se disculpó la mujer, pasándose una mano por la frente—. No…, no me habré fijado demasiado bien… ¿Qué es lo que quería, Warren?

—Ah, vino a pedirme el indulto para un conocido suyo —respondió el Gran Guía con indiferencia—. Tú también lo conoces, creo. Es el historiador Lou Arnold.

—¡Arnold! —exclamó Patty.

—Sí. ¿De qué te sorprendes? Edna y Arnold se habían hecho muy amigos.

—Comprendo. ¿Qué le has contestado, Clarke?

El hombre se mojó los dedos en un aguamanil.

—¿Qué le iba a contestar? No, naturalmente. Si fuésemos a conceder el indulto a todos los presos, ¿quién trabajaría en las fábricas de alimentos? —exclamó, riendo.

—Has hecho bien —aprobó ella—. La condena de Arnold era justa. Ah, ya sabes que esta noche tenemos que asistir a la fiesta que da el secretario de Sanidad.

—Desde luego —Clarke contempló críticamente a la hermosa mujer que tenía frente a sí—. Me gustaría que te pusieras más bella que nunca.

Patty le dirigió una mirada incendiaria.

—No tendrás queja de mi aspecto —respondió—. Y, para no perder tiempo, empezaré a arreglarme ahora mismo.

Giró sobre sus talones y abandonó el salón. Minutos más tarde,

recibía en sus habitaciones privadas al coronel Li-Oon.

—Tengo que pedirle un favor, coronel —dijo Patty, sin más preámbulos.

—Ese favor será considerado como una orden, señora —respondió Li-Oon.

—Gracias, coronel, no esperaba menos de usted. Se trata de lo siguiente: Hace unos minutos, una joven ha abandonado la residencia.

—Lo sé. Se llama Edna Snery.

—Celebro su celo, coronel. Haga que uno de sus hombres la siga constantemente, a todas partes, de día y de noche, sin escatimar esfuerzos. ¿Me ha comprendido?

—Así se hará, señora.

—Por supuesto, deseo recibir informes periódicos y detallados de las actividades de esa joven.

—Los tendrá, señora.

—Y si realiza alguna acción sospechosa en demasía, no dude en avisarme en el acto, dondequiera que esté, a cualquier hora del día o de la noche. ¿Ha entendido, coronel?

Li-Oon hizo una profunda inclinación.

—Sus órdenes serán ejecutadas al pie de la letra, señora —contestó.

* * *

Lou Arnold hizo un esfuerzo y consiguió vaciar el plato de la insípida pasta que lo llenaba. Dominó sus náuseas, la comida tenía un aspecto nada apetitoso, pero era necesario conservar las fuerzas.

Luego, cansado, se tendió en su camastro. Estaba en una habitación con cuarenta y nueve presos más.

La estancia era lo suficientemente amplia como para no carecer de espacio y estaba bien aireada. El único mobiliario que había allí eran las camas.

Contiguo a la sala, había un cuarto de lavabos. Los presos podían ducharse a cualquier hora; al menos, tenían la ventaja de la higiene. Pero eso era todo.

Ni siquiera disponían de televisión. Carecían en absoluto de noticias del mundo exterior. Algunos recibían cartas, pero llegaban mutiladas por los censores, cuando no eran destruidas.

Nadie tenía ganas de hablar. Era una existencia embrutecedora, puramente animal. Comer, dormir y trabajar, con un único día de

descanso, que resultaba una tortura, porque lo tenían que pasar encerrados en la sala. Sólo el afortunado que recibía una visita el domingo, veía gratamente alterado el aburrido programa del día de descanso.

Las camas estaban separadas por un par de palmos. Arnold se tendió en la suya, con las manos bajo la nuca, y cerró los ojos.

—¿Tendrás visita mañana?

Arnold volvió la cabeza ligeramente. El autor de la pregunta era su vecino, un hombre robusto, cuarentón, de espesas cejas y abundante barba negra.

—¿Te importa mucho, Peter? —contestó Arnold con desabrimiento.

Peter Samar hizo un gesto de indiferencia.

—Sí y no —contestó—. Pero me gustaría decirte una cosa, Lou.

—Bueno. ¿De qué se trata?

—Tú no estás a gusto aquí, ¿verdad?

—Hombre —Arnold lanzó una amarga risita—. Aunque no lo creas, yo, en un exceso de amor hacia el Gran Guía, pedí que me condenaran a doce años de servicio en esta fábrica.

—Muy sarcástico estás, historiador —dijo Samar—. Yo conozco tu delito.

—¿Sí? Metí las narices donde no debía.

—Algo parecido me sucedió a mí, sólo que yo no las saqué… del trabajo. Me dediqué una temporada a la holganza; estaba harto de mi empleo y me marché.

Arnold se sintió súbitamente interesado por las palabras de su compañero de reclusión. Apoyándose en un codo, quedó vuelto hacia él y le miró de hito en hito;

—¿Y qué hiciste?—preguntó.

—Recorrí el mundo una buena temporada. A pie, por supuesto, comiendo dónde y cómo podía y durmiendo en donde me pillaba la noche —Samar suspiró—. Fue una época maravillosa. Nadie me mandaba, no tenía que oír esas fastidiosas consignas de amor y devoción al Gran Guía… Pero un día tuve la mala suerte de topar con una patrulla y acabé aquí.

—¿Cuál fue la sentencia?

—Servicio a perpetuidad. Delito: conducta antisocial. Vamos, que en estos tiempos, uno ya no se puede dedicar siquiera a pasear por el campo.

—Comprendo. Lo siento por ti, Peter.

—Oh, pero yo no pienso estar aquí encerrado por el resto de mis días. Me escaparé, cuando menos se lo esperen. Ahora bien, necesito ayuda.

—Huir —se estremeció Arnold.

Era una idea que había pasado por su mente, pero que no se había atrevido a expresar siquiera en voz alta.

—Exacto —corroboró Samar—. Es preciso huir de este infierno…, pero una persona sola no puede hacerlo. Lou, yo he estudiado detenidamente a los otros condenados. El único que no es un borrego, eres tú.

—Gracias, Peter —dijo Arnold irónicamente.

—Hablo en serio. Los demás han perdido por completo el espíritu de iniciativa. Ya lo habían perdido antes de entrar aquí. Son vegetales vivientes, ¿comprendes? Con ellos no se puede contar.

—¿Y conmigo sí?

—Sí. Lou, mañana te toca visita. Vendrá esa chica, ¿no?

—En efecto.

—¿Crees que ella sería capaz de ayudarnos a huir de aquí?

Arnold meditó unos segundos antes de dar su respuesta.

—Confío en que accederá —respondió al cabo—. Sin embargo, no tomes esto como algo definitivo.

—Me gusta que hables claro —sonrió Samar—. Cuando hay ayuda, la evasión puede resultar más fácil de lo que se piensa.

—Hay un muro altísimo en tomo a la fábrica y el borde tiene una alambrada electrificada —objetó Arnold—. La única puerta de ese muro, como puedes comprender, está fuertemente vigilada.

Samar se tendió de nuevo en su camastro.

—Lou, si esa chica está dispuesta a ayudarte, nosotros saldremos de aquí por otra puerta. Sólo hacen falta dos cosas: la primera, imaginación y a ninguno de los dos nos falta.

—¿Cuál es la otra, Peter? —quiso saber Arnold.

—Suerte, sólo un poco de suerte —respondió Samar.

* * *

—He llegado hasta los tres últimos presidentes, Lou—dijo Edna.

—¿Y bien?

—Mi primo es el octavo Gran Guía. Como tú descubriste, la edad media de los Grandes Guías, salvo uno; que llegó hasta los setenta años, fue de sesenta y tantos. Ahora bien, la duración media en el cargo es de veintiuno o veintidós años.

—Sabiendo el tiempo que Gray fue Gran Guía, no me extraña en absoluto —contestó Arnold—. ¿Qué hay de los presidentes?

—Hari Ouled fue el antepenúltimo, o sea que después de él hubo dos más, antes de la transformación del título de presidente en Gran Guía. Pero Ouled fue también el primer presidente elegido para un período de siete años y que logró dos reelecciones más.

—Interesante, Edna.

—Muchísimo, Lou, porque eso significa que tanto Ouled como sus sucesores podían estar veintiún años en el cargo. Ouled, sin embargo, no acabó el tercer período de su mandato; murió a los diecinueve años de estar en el cargo. El siguiente duró casi los veintiún años y el último, antes del nombramiento de Gran Guía, murió cuando le faltaba un año para cumplirse los veintiuno. Pero para entonces ya había hecho aprobar la nueva ley, habla elegido sucesor y le había dado el nombre de Gran Guía.

Los ojos de Arnold brillaron de admiración.

—Magnífico, Edna —aprobó—. ¿Has conseguido antecedentes de Ouled?

—Muy pocos y casi exclusivamente políticos. Ouled murió cuando tenía sesenta y seis años. Por supuesto, sé quiénes fueron sus padres y su lugar de nacimiento, pero poco más.

—Ouled tuvo que iniciarse de alguna manera en la política. Investiga en ese sentido, Edna.

—Lo haré, Lou —prometió la muchacha—, pero, ¿crees que conseguirás algo con todo esto?

—Así lo espero, Edna, aunque más conseguiré si me ayudas tú.

—Hago lo que puedo…

—Aún tienes que hacer algo más, querida. Mañana, tras la jomada de trabajo, irás a entrevistarte con una mujer que se llama Sugalov. Memoriza bien, porque lo que, voy a decirte es de suma importancia.

—Habla, Lou —invitó Edna.

—Nadia Sugalov, avenida Ciento Setenta, número 3.22 piso 15º, puerta B. Repítelo.

Edna repitió puntualmente las palabras que acababa di escuchar.

—¿Qué más, Lou? —preguntó al terminar.

—Cuando la veas, dile que vas de parte de Peter Samara. Dile que todo está listo y sólo falta su parte. ¿Me comprendes?

—No, pero es lo mismo. Se lo diré, Lou. ¿Qué me contestará ella?

—Te citará un día y una fecha. Guárdalas bien en la memoria, ¿entiendes?

—Sí, Lou… Bueno, es decir, no entiendo mucho, pero es igual.

Arnold sonrió.

—Voy a repetirte los datos y tú lo harás a continuación. No quiero que haya errores —dijo.

Edna demostró tener buena memoria. Luego preguntó:

—Lou, ¿qué significan el día y la hora que me citará; Nadia?

—El momento de nuestra fuga—respondió él sin vacilar.

* * *

—Será dentro de cuatro días justamente, a las seis en punto de la tarde —dijo Nadia Sugalov.

Edna miró fijamente a la hermosa mujer que tenía ante sí. Nadia contaba unos treinta años y poseía un físico capaz de agradar al más exigente.

—¿Estás segura de que dará resultado?

Nadia sonrió.

—Hace meses que lo estoy preparando todo —dijo—. Sólo esperaba el mensaje de Peter.

—¿Por qué no has ido tú a recogerlo en persona?

—Peter y yo acordamos suspender las visitas durante algún tiempo. Nos pareció que éramos vigilados, ¿comprendes?

—Sí. ¿Qué es Peter para ti, Nadia?

—El hombre de mi vida —respondió ella apasionadamente—. Por él sería capaz de matar y Peter mataría por mí.

Edna se estremeció.

—Nadia, espero que no haya derramamiento de sangre —dijo.

La otra se encogió de hombros.

—No dependerá sólo de nosotros —contestó.

CAPÍTULO VIII

Nadia se acercó a la dispensadora de alimentos y lleno dos vasitos de café, uno de los cuales entregó a su visitante.

—Si hay muertes… —dijo Edna, titubeante.

—No me gustaría —aseguró Nadia—, pero has de convenir conmigo que los vigilantes de la fábrica no se merecen ninguna consideración. Como tampoco los que sirven a este inicuo sistema de gobierno.

Miró a Edna y sonrió.

—Con algunas excepciones, claro —añadió.

—Yo sólo soy una simple locutora de la televisión —dijo Edna.

—Ya lo sé. Te veo casi a diario, cuando nos haces meditar sobre las virtudes del Gran Imbécil. Eso es algo en que ni tú misma crees, ¿verdad?

—Si te refieres al actual jefe, le conozco bien. Es mi primo, guapo, pero vacío de seso.

Nadia se echó a reír.

—Cualquiera que tenga ojos en la cara, lo verá en el acto —contestó —. ¿Has visto si te han seguido? —exclamó de repente.

Edna se sobresaltó.

—¿Seguirme? ¿Quién, Nadia?

—Los esbirros del Gobierno, naturalmente. A mí hace ya tiempo que me dejaron en paz.

—Pues…, no me he fijado…

Nadia apuró su café y se acercó cautelosamente a la ventana.

—Allá, en el otro lado, veo a un tipo parado —dijo, al cabo de unos minutos.

—¿Crees que será un policía?

—Seguro. Es más, juraría que pertenece a la cuadrilla de Li-Oon.

—¿El jefe de la guardia personal?

—El mismo. Entre otras cosas, es director también del SSL

—¿Cómo?

—Servicio Secreto Interior. Es un tipo de mucho cuidado, Edna.

La muchacha se retorció las manos nerviosamente.

—Si salgo, el espía me verá —dijo.

—Este edificio tiene más de una puerta. Y los hombres de Oon no son tan listos como parecen; no están muy acostumbrados a esta labor de espiar a la gente, quizá porque se han confiado en que viven pastoreando una manada de borregos. Pero algunos de los borregos somos lobos, Edna. Sal por la puerta posterior —aconsejó Nadia.

Edna dudó.

—Nadia, la fecha que tú me has dado… ¿Cómo se la comunicaré a Arnold, para que éste, a su vez, se la mencione a Peter?

Nadia se echó a reír.

—Ellos ya lo sabrán sin que tú se lo comuniques —respondió—. Lo que interesa es saber si querrás acompañarme.

—¡No faltaré! —prometió Edna con gran vehemencia.

* * *

Patty Clarke, antes Sherad, leyó con gran atención el informe escrito que le presentaba Li-Oon.

—De modo que Edna Snery va con frecuencia a la Biblioteca Central —dijo, tras un prolongado espacio de silencio.

—Sí, señora.

—Y se ha dedicado a investigar las vidas de las primeras damas de la Tierra.

—Sí, señora.

—Además, ha investigado también sobre los tres últimos presidentes.

—Exacto, señora.

—Entre otras cosas, veo que hizo una visita a una tal Nadia Sugalov. ¿Quién es esta mujer?

—Es la amiga de un hombre, que sirve a perpetuidad; en la fábrica de alimentos Número Veintidós. El individuo, Peter Samar, médico, fue condenado por conducta antisocial. Se negó a aportar su parte de trabajo a la comunidad. A Nadia la vigilamos también durante un

tiempo, pero en vista de que parecía arrepentida, suspendimos la vigilancia —manifestó Li-Oon.

—Y ahora, al parecer, reinicia sus actividades sospechosas, recibiendo a Edna Snery.

—Eso parece, en efecto, señora.

Patty dio un par de paseos por la estancia.

De pronto, se volvió hacia Li-Oon.

—Coronel —dijo con ojos centelleantes prosiga la vigilancia sobre Edna Snery. Sin embargo, los informes deberán ser ahora mucho más frecuentes, incluso instantáneos. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—Sí, señora. Mis hombres estarán todos provistos de radio individual y tendré uno constantemente a la escucha. Este me transmitirá en el acto los menores movimientos de Edna.

—Bien pensado, coronel —aprobó Patty con una sonrisa.

—Señora, ¿qué haremos con Edna Snery si… si continúa sus actividades?

—Edna Snery corre el riesgo de convertirse en un miembro podrido de la comunidad. Si eso se confirma, será suprimida, para evitar que el contagio se propague. ¿Entendido?

—No hay duda alguna, señora —respondió Li-Oon.

* * *

—Nos vigilan, Nadia —dijo Edna, prudentemente asomada a la ventana.

—No tiene importancia —sonrió Nadia, mientras se ataba una cinta al pelo—. Ya le daremos esquinazo.

—Pero, ¿cómo…?

Nadia subió la cremallera del mono azul gris que vestía, al igual que Edna.

—Lo verás en seguida —contestó—. ¿Estás lista?

—Cuando tú digas, Nadia.

Las dos mujeres salieron del piso. Una plataforma las llevó hasta la planta baja del edificio.

—El espía sigue allí —dijo Edna a media voz, en el momento de pisar la calle.

—Repito que no debes temer nada. Ven, sígueme.

Las dos mujeres se dejaron llevar unos momentos por la acera deslizante. Luego salieron a una acera fija y descendieron por las

escaleras que conducían al subterráneo de cintas deslizantes de mayor velocidad.

Edna y Nadia tomaron la cinta de seis kilómetros a la hora. Paralelamente a ella, corría la de doce kilómetros y así sucesivamente, hasta que se llegaba a una de sesenta kilómetros a la hora.

La cinta más veloz tenía unos parapetos contra el viento, cada quince o veinte metros. Los biombos eran bastante altos y de unos tres metros de anchura.

Nadia eligió un sector vacío de gente. Miró un instante hacia atrás y vio que el espía pasaba a otro sector, situado dos biombos más atrás.

—El tipo sigue detrás de nosotras —dijo Nadia—. Prepárate; ahora vamos a burlarle.

Nadia se arrimó al borde externo de la cinta. Su mirada resbaló a lo largo del túnel brillantemente iluminado.

De pronto, hizo un gesto con la mano.

—Ven, Edna.

La muchacha obedeció. Nadia cogió su mano.

—Cuando yo te lo diga, salta sin temor, ¿estamos?

—Sí, Nadia.

Transcurrieron algunos segundos. De súbito, Nadia exclamó:

—¡Ahora!

Las dos mujeres se lanzaron fuera de la cinta. Algo blando las acogió, amortiguando el golpe. Era una gran red, situada en una abertura lateral del túnel.

Edna se sintió rebotar varias veces en el aire. Quedó algo aturdida, aunque sin sufrir el menor daño físico.

El hombre de Li-Oon pasó por delante de ellas y las miró sorprendido un instante. Cuando quiso reaccionar, ya tenía delante de sí la lisa pared del túnel.

Nadia gateó sobre la pared y salió a terreno firme. Edna la siguió sin pérdida de tiempo.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ven —dijo Nadia, a la vez que echaba a correr.

Edna se dio cuenta de que estaba en una galería de servicio, de trazado ligeramente curvo y de pendiente suave, en ascenso. El aspecto de la galería era de claro desuso.

Unos pasos más adelante, se hizo la oscuridad. Nadia se detuvo un instante y descolgó algo de la pared.

Era una lámpara portátil.

—La tenía preparada hace ya mucho tiempo —exclamó sucintamente.

Y siguió corriendo, alumbrándose ahora con la lámpara.

Un kilómetro más adelante, llegaron a un punto donde la galería se dividía en tres ramales. Nadia tiró por el de la derecha.

Doscientos metros más de recorrido y Nadia se detuvo en una plazoleta, en la que había parado un aparato, ante cuya vista Edna se sintió llena de asombro.

—¡Un gravimóvil! —exclamó.

Nadia sonrió, mientras abría la portezuela del aparato.

—Exactamente —confirmó.

* * *

El coronel Li-Oon leyó el mensaje que acababa de recibir el guardia encargado de recibir los mensajes. Su ceño se hacía más y más sombrío a medida que avanzaba en la lectura.

> «*N. S. y E. S. salieron de casa de la primera a las 16.44. Siguieron mil quinientos metros por la avenida, dirección Norte, y entraron luego en el subterráneo de cintas deslizantes de la misma dirección, tomando la cinta de 60 km/h. Tres kilómetros más adelante, saltaron a la galería de servicio N° 133, escapando por la misma, antes de que pudiera detenerlas…*»

La interjección que lanzó Li-Oon era de una dulzura exquisita en comparación con la que soltó Patty al conocer la noticia.

—De modo que esas dos mujeres han despistado a sus hombres —dijo.

—Lo reconozco humildemente, señora —dijo Li-Oon.

—¿Sabe siquiera adonde conducía esa galería de servicio?

—A un kilómetro del empalme con el túnel se divide en tres ramales. Todos tienen salidas al exterior y he ordenado que vigilen las tres salidas, señora.

—Ha hecho bien, coronel —aprobó Patty. Luego, inquieta, murmuró —: Me pregunto cuáles son los propósitos de esas dos locas. ¿Se le ocurre a usted algo, Li-Oon?

El aludido se encogió de hombros.

—Lo siento, señora. Sólo puedo decirle que tratan de realizar algún acto delictivo, aunque, de momento, no se me ocurre qué pueda ser —contestó.

CAPÍTULO IX

La tarea estaba a punto de terminar. Faltaban pocos minutos para las seis de la tarde.

Hábil y disimuladamente, Arnold y Samar se habían ido deslizando hacia el principio del canal, por donde llegaban los alimentos, procedentes de las tolvas que los recibían de los vehículos de transporte. El muro quedaba a unos sesenta o setenta pasos de distancia.

Arnold manejaba un tridente. Samar empleaba una pala.

Había dos guardias, uno a cada lado del canal. No lejos estaba la escalera que conducía al suelo.

La explanada era enorme. Había cinco o seis canales más, todos ellos en plena actividad. Los presos eran vigilados continuamente.

De repente, se oyó una tremenda explosión.

Cientos, miles de caras se volvieron hacia el lugar donde había sonado el estampido. Trozos enteros del muro volaron por los aires, en medio de una nube de humo y polvo.

Arnold y Samar no dijeron nada. El primero se dirigió hacia la escalera. Un guardia le cerró el paso.

—¡Eh, tú! ¿Adonde vas?

El tridente de Arnold empujó ahora algo más que animales muertos y vegetales. Se oyó un chillido y el guardia cayó fuera del canal, desde siete u ocho metros de altura.

Samar golpeó con la pala a su guardián. El hombre se desplomó sobre la cinta transportadora y empezó a chillar frenéticamente.

Una terrible confusión se originó en el acto. Algunos de los guardias trataron de salvar a su compañero caído en la masa alimenticia.

Mientras, Arnold y Samar corrían velozmente por el patio, aprovechándose del desconcierto reinante. Cuando los guardianes

quisieron reaccionar, ya era demasiado tarde.

Muchos condenados vieron el boquete y pensaron que era su ocasión para intentar la fuga.

—¡Hay que escapar de aquí!

—¡Larguémonos de este infierno!

Los guardias intentaron reaccionar y chasquearon los látigos eléctricos, lanzando dolorosas descargas. Pero las palas y los tridentes se movían sin cesar.

Y golpeaban salvajemente. El odio acumulado durante largo tiempo de opresión y tortura, explotó con ferocidad sin igual.

Por todas partes se luchaba, incluso en los servicios interiores de la fábrica. Un guardia fue arrojado contra un transformador eléctrico y ardió como una pavesa en menos de un segundo.

El cuerpo del guardia provocó un cortocircuito. La fábrica se paró en el acto.

Mientras, Arnold y Samar habían atravesado el boquete y corrían a campo traviesa. A los doscientos metros, encontraron una hondonada.

Abajo, en el fondo, había un gravimóvil parado.

—Piensas en todo —dijo Arnold, admirado.

Samar sonrió, mientras descendía la pendiente a todo correr.

—No me gusta fracasar, cuando lo que hago es de importancia —contestó.

Dos rostros femeninos asomaron por la portezuela del aparato. Arnold lanzó un grito de alegría:

—¡Edna!

* * *

Patty recibió las noticias sumida en un sombrío silencio. Cuando el coronel Li-Oon hubo terminado su relato, ella dijo:

—Así, pues, lo que las dos mujeres pretendían era colaborar en la evasión de esos dos presos.

—Efectivamente, señora.

—Pero, ¿no fue avistado el gravimóvil por los guardias de la fábrica?

—Llevaba pintadas insignias oficiales en los costados. Además, durante el rato de espera, permaneció en una hondonada, invisible para los centinelas. El que lo vio, pudo pensar que los tripulantes querían estirar un poco las piernas.

—¿Qué procedimiento emplearon para volar el muro, coronel?

—Uno muy antiguo, señora: un tubo lanzagranadas, con un proyectil de gran potencia expansiva.

—Todo parece indicar que esa evasión era algo meditado y planeado durante largo tiempo, ¿no es así?

—Sí, señora.

—Bien, ¿cuáles son los daños causados por el suceso?

—Veintiocho guardias muertos, cincuenta y seis presos muertos. Se puede decir que no ha habido heridos, señora. Además, la fábrica Número Veintidós está momentáneamente paralizada, si bien la Secretaría de Alimentación ha hecho las conexiones necesarias, para que no falte la comida en el sector afectado.

—Muy bien, coronel. La noticia deberá permanecer en el más riguroso secreto, a fin de que no llegue a otras fábricas, ¿entendido?

—Sí, señora.

—Además, deberá pedir al secretario de Paz cuantos hombres necesite. Es necesario dar a toda costa con los fugitivos y sus cómplices.

—Sí, señora.

—Otra cosa: si los apresan, deberán ser ejecutados en el acto, en el mismo sitio donde los encuentren.

Li-Oon se estremeció.

—Señora, temo no poder dar esa orden a mis hombres —objetó.

—¿Por qué?

—Una orden semejante sólo puede ser emitida, según la ley, por el Gran Guía.

Patty sonrió desdeñosamente.

—Yo me ocuparé de ese asunto en persona, coronel —respondió—. El Gran Guía dará la orden, créame.

Li-Oon hizo una ligera inclinación de cabeza. «¿Quién es ahora el Gran Guía: él o ella?», se preguntó mentalmente.

—Otra cosa, coronel —siguió Patty.

—Dígame, señora.

—¿Se le ocurre algún lugar donde puedan haberse refugiado los evadidos?

—No, señora; y no es presumible que hayan vuelto a sus domicilios habituales.

—Puede que tenga razón en ese sentido, coronel, pero haga que los vigilen, por si acaso. Y, le aseguro, dentro de unos minutos, el Gran

Guía dará la orden de ejecución contra esos criminales —finalizó Patty torvamente.

* * *

—¿No nos encontrarán aquí? —dudó Arnold.

Samar soltó una despectiva carcajada.

—Las gentes de Li-Oon sólo conocen el campo por la televisión —contestó.

—Sí, pero ahora lanzarán a todos sus sabuesos contra nosotros —alegó Edna.

—He vivido en esta cueva largas temporadas —afirmó Samar—. Nunca vi un ser humano en las inmediaciones, os lo aseguro.

Nadia preparaba la cena, en un rústico hornillo encendido en el fondo de la cueva, donde había un pequeño respiradero para la salida de humos.

El gravimóvil había quedado en el exterior, convenientemente cubierto con ramajes.

—¡Pero yo no voy a permanecer aquí siempre! —exclamó Arnold.

Samar le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Sigues en tus trece de investigar las vidas de los jefes de la Tierra? —preguntó.

—Sí —contestó el joven—. Y más, ahora que he sabido que el Refugio, ese lugar donde el Gran Guía pasa sus vacaciones, perteneció a Hari Ouled, el primer presidente de los veintiún años.

Samar frunció el ceño.

—Resulta curioso —observó—. Esa residencia campestre ha continuado siendo utilizada por los siguientes jefes.

—Sin interrupción —añadió Edna.

—Era propiedad particular de Ouled y no hay constancia de que haya sido cedida al Estado —dijo Arnold.

Luego se volvió hacia Edna.

—¿Hasta dónde llegaste en tus investigaciones? —preguntó.

—Antes de ser presidente mundial, Ouled fue secretario de Sanidad. Sucedió a un tal Hans Büllopf, que murió a los sesenta y cuatro años. La señora Büllopf había muerto dos meses antes, a los cuarenta y ocho.

Arnold respingó.

—Otra sospechosa coincidencia —dijo—. Edna, ¿recuerdas la fecha

de la muerte de Büllopf?

—Sí, murió en el año dos mil ciento cincuenta y cuatro.

Arnold se acercó a la boca de la cueva, desde la cual, y a través de los ramajes que la cubrían, se divisaba un panorama sorprendente.

Al cabo de unos instantes de meditación, se volvió hacia los otros.

—Volveré a la capital —dijo.

—¿Para qué? —se estremeció Edna.

—He de seguir investigando a través de Büllopf, querida.

—¿Crees que te permitirán el acceso a la Biblioteca Central? —rezongó Samar—. En cuanto asomes la nariz por allí, te echarán el guante.

Arnold sonrió.

—No voy a ir de día, claro —dijo.

—Por la noche, las máquinas lectoras quedan desconectadas —objetó Edna.

—Pero los archivos siguen funcionando y ahí es donde yo pienso continuar, mis investigaciones —contestó el joven rotundamente.

—¡La cena está lista! —anunció Nadia en aquel momento.

Samar dio una palmada en el hombro de Arnold.

—Ahora ocúpate de mover las mandíbulas —dijo jovialmente—. Seguro que no conoces el placer de roer un hueso, ¿verdad? —Aspiró el aire con fuerza y añadió—. ¡Esos dos conejos que he atrapado huelen de un modo exquisito!

* * *

Después de cenar, Patty sirvió a su esposo una copa vino dulce.

—La vida de Gran Guía es maravillosa —dijo Clarke—. Buena comida, buenos vinos…, y una mujer hermosa. ¿Qué más se puede pedir?

Patty se sentó frente a él, con otra copa en la mano.

—Muy poco más, en efecto —convino—. ¿Qué tal van los asuntos de Gobierno?

—Los encuentro agobiantes y fastidiosos —respondió él, haciendo una mueca.

—Pero es tu deber. No lo olvides; eres el primer servidor del pueblo terrestre.

—Sí, ésa es la lástima. Bueno, son deberes del cargo.

—Justamente. Y otro de los deberes de tu cargo es velar por el orden público, violado criminalmente.

—Ah, sí, ya recuerdo. Creo que se ha producido un motín, con fuga, en una de las fábricas de alimentos.

—Exacto, Warren. Los culpables son conocidos tuyos.

Clarke bebió su copa de un trago.

—Yo no tengo ya conocidos —contestó altisonantemente—. Si son culpables, deben ser castigados de modo inexorable.

—Por supuesto. Y el castigo debe ser ejemplar, ¿no te parece?

—Mujer, qué cosas tienes. Pero, ¿por qué te preocupa tanto un simple motín? A diario pasan cosas…

—Hacía muchísimo tiempo que no sucedía nada semejante, Warren. Es preciso atajar el mal de raíz o el ejemplo se propagará, con las consecuencias perniciosas que te puedes imaginar.

—Claro, claro —convino él—. Y, ¿qué solución me propones tú, hermosa? —preguntó, a la vez que la atraía hacia sí, enlazándola por el talle con el brazo libre.

—Sólo hay una solución, Warren: la muerte, instantánea, dondequiera que los encuentren.

Clarke sentó a su esposa en las rodillas.

—No haces más que citarme temas desagradables —se quejó—. ¿Por qué no hablamos de otras cosas…, más particulares?

Patty le echó los brazos al cuello y le mordisqueó un oreja.

—Hablaremos de lo que tú quieras, amor mío —contestó, con voz cargada de dulces promesas.

CAPÍTULO X

Tras serle concedido el permiso, el coronel Li-Oon entró en el salón privado del Gran Guía.

—Señor —saludó, con una profunda reverencia.

—Ah, hola, coronel —exclamó Clarke con acento intrascendente—. Tengo que decirle algo sobre los amotinados de la fábrica número Veintidós.

—Sí, señor.

—El motín ha sido reducido, ¿no es así?

—Efectivamente. La normalidad ha vuelto a la fábrica.

—Pero los evadidos no han sido hallados.

—Siento tener que decirle que no, señor. Sin embargo, hacemos todas las pesquisas posibles por encontrarlos.

—Muy bien. Cuando los encuentren, mátenlos.

La cara de Li-Oon permaneció impasible, pero sus ojos miraron de soslayo a la hermosa mujer que permanecía a un lado, comiendo algunos granos de uva con estudiada actitud de indiferencia.

Li-Oon carraspeó.

—Señor, con el debido respeto me permito informarle que uno de los cómplices de la evasión es su prima, Edna Snery, ex locutora de la Televisión Mundial —dijo.

—Coronel, un Gran Guía no tiene familiares, salvo su esposa, claro. Yo no conozco a esa chica, ¿me entiende?

—Sí, señor.

—Y procure informarme con prontitud de esas ejecuciones —añadió Clarke.

—Sí, señor.

—Eso es todo, coronel.

Li-Oon saludó y salió.

Desde su despacho, impartió órdenes a los diferentes jefes de sus secciones. Apenas había terminado, vio que se abría la puerta.

Li-Oon se puso en pie, enormemente asombrado.

—Señora —exclamó.

Patty sonreía enigmáticamente.

—¿Le extraña verme aquí, coronel? —preguntó.

—Bien… —Li-Oon tosió un poco y luego dijo—. No es costumbre de las primeras damas…

—Las cosas han cambiado un poco ahora, coronel —atajó ella—. Y puede que cambien más en lo sucesivo. Pero necesito hombres fieles, hombres dispuestos a actuar, sin hacer preguntas enojosas.

—Siempre he sido fiel al Gran Guía…

—Y debe seguir siéndolo en lo sucesivo, coronel. El Gran Guía tendrá siempre presente esa fidelidad y, créame; sabrá recompensarle adecuadamente, en el momento oportuno. Pero…—Patty suspiró ampliamente—, la ley, si bien justa, tiene a veces algunos fallos.

—¿Por ejemplo?

—La sucesión. El Gran Guía no es del todo infalible.

—Es humano —sonrió Li-Oon.

—Sí, por eso creo que el anterior se equivocó al nombrar a Clarke como su sucesor. Pero usted y yo, actuando unidos, podemos corregir gran parte de esas equivocaciones, ¿no le parece?

—Haré todo lo que esté en mi mano, señora —prometió el coronel.

—Gracias, sabía que sería así —dijo Patty, entornando los párpados —. Usted y yo corregiremos los posibles errores de gobierno a mi esposo.

«Eso quiere decir que, a partir de ahora, será ella la que gobierne», pensó Li-Oon.

—Puede contar con mi incondicional colaboración, señora —aseguró a renglón seguido.

—Gracias una vez más, coronel. Por cierto, ¿cuántos años tiene usted?

Li-Oon se sintió muy sorprendido por la pregunta, pero no demoró la respuesta:

—Cuarenta y uno, señora.

Patty le contempló críticamente. El cráneo afeitado del coronel y sus cejas levemente picudas le conferían un aire exótico de gran atractivo,

aparte de su recia corpulencia y su poderoso tórax.

—Una edad estupenda —sonrió—. Ah, por cierto, ¿no se le ha ocurrido a usted pensar en uno de los posibles sitios adonde han podido ir los evadidos o, por lo menos, uno de ellos, Louis Arnold?

—Hay tantos sitios, señora…

—Vaya a la Biblioteca Central, pero por la noche; después de cerrada al público. No sé por qué, tengo la sensación de que Arnold irá allí, tarde o temprano. Adiós, coronel.

Li-Oon se quedó muy perplejo después de que Patty se hubo ido.

Las preguntas se agolpaban en su mente. El aplomo y la sagacidad de Patty le tenían altamente sorprendido. ¿Cómo era posible que una mujer de tan pocos años, simple secretaria hasta unos meses antes, actuase ahora con la serenidad y energía de un veterano jefe de la Tierra?

—Parece como si tuviera cien años más…, en un cuerpo de diosa —se dijo.

Y luego, recordando el consejo de Patty, se dispuso a acudir a la Biblioteca Central.

* * *

—Nosotros aguardaremos afuera —dijo Samar—. Opino que estás loco, pero eres nuestro amigo.

El gravimóvil había quedado bien escondido entre unos parterres de los jardines que rodeaban el inmenso edificio de la Biblioteca Central. Silenciosamente, Arnold y Edna corrieron sobre el césped, hasta detenerse al pie de una de las ventanas, situadas a dos metros sobre el suelo.

Arnold trepó hasta el alféizar y rompió el cristal con un codo. Luego ayudó a la muchacha a pasar al interior.

—Habrás hecho ruido —dijo ella, aprensiva.

—¿Y quién lo ha oído? —rio Arnold—. No hay vigilantes.

—¿Lo ves? ¿No te parece que el hecho de que no se necesite guardia nocturna es un tanto a favor del sistema?

Arnold se volvió hacia la joven.

—Edna, cualquier consideración palidece ante el embrutecimiento en que un sistema de gobierno ha sumido a la humanidad, por muy buen trato físico que dé a las personas —contestó—. Los vigilantes también pueden ser innecesarios en un sistema que permita pensar y

criticar.

—No hay manera de convencerte —suspiró ella—. ¿Adónde vamos ahora?

—A los archivos —respondió Arnold resueltamente.

Atravesaron varias grandes salas y descendieron a un vasto sótano, lleno de enormes armarios metálicos, entre los cuales había anchos espacios, a modo de corredores.

Entre cada corredor, hacia el centro, había una especie de columna cuadrada, de unos dos metros de alto por tres de ancho. Arnold se acercó a una de ellas.

—Es la distribuidora de informaciones correspondientes a mi sección histórica —explicó.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Edna, admirada.

—El director me enseñó la biblioteca y su funcionamiento, hace ya bastante tiempo. Esta máquina reparte los pedidos a las máquinas lectoras de la sección de historia. Pero también permite la lectura directa en su pantalla, para comprobación de posibles errores.

—Entiendo. ¿Qué dato vas a pedir, Lou?

—La biografía de Büllopf, con todo detalle —respondió él, al mismo tiempo que daba el contacto.

Una lamparita amarilla se encendió inmediatamente. Arnold tecleó algo en el teclado y luego esperó.

Pasaron algunos segundos, menos de medio minuto. La pantalla, de medio metro de lado, se encendió de pronto.

Arnold y Edna leyeron la biografía de Büllopf, secretario de Sanidad, muerto en el año dos mil ciento cincuenta y cuatro. Un dato llamó especialmente su atención.

Büllopf había sido secretario principal de un tal Juan Jiménez, secretario mundial de Energía. Jiménez había muerto a los sesenta y ocho años. La señora Jiménez había fallecido tres meses antes.

—¿Te fijas? La biografía de Jiménez es muy parecida a la de Büllopf —comentó él.

—Sí —concordó Edna—. ¿Vas a seguir investigando?

—Hasta el final.

Jiménez había muerto en el año dos mil ciento doce. Antes, mucho antes de ocupar su puesto político, había sido abogado de una gran firma, cuyo director, Harvey Moorson, había muerto a los sesenta y tres años, en el dos mil setenta y ocho.

—Sigamos —dijo Arnold, entusiasmado.

—Sí, pero, ¿adonde quieres ir a parar? —preguntó Edna.

—¿Es que no te das cuenta? De alguna manera, todas estas personas están relacionadas entre sí. Es una cadena que dura siglos: todos han vivido una edad muy aproximada, relativamente corta incluso en el siglo XXI, cuando la media de supervivencia alcanzaba ya a los noventa y seis años. ¡Y ninguno de estos personajes, todos ellos casados, ha tenido hijos!

Edna se mordió los labios.

—Desde luego, hay alguna relación —convino—. Pero no entiendo qué clase de relación pueda ser, Lou.

—Para eso estamos aquí, ¿no?

La investigación continuó. A fines del siglo XX, apareció Lars Amberstone.

—¡Caramba! —exclamó Edna—. Debe de ser un antepasado mío.

—¿Te apellidas Amberstone?

—Hubo un Amberstone en la familia, hace ya muchísimos años. ¿Estuvo casado ese que indica la pantalla?

—Sí, pero murió muy joven, a los treinta y tres años. Dejó un hijo de pocos meses. Es todo lo que dice la información, Edna.

—Eso no concuerda, Lou —objetó la muchacha—. Amberstone murió joven, casado y dejó un hijo. Siento decepcionarte, pero la cadena se ha roto ahí.

Arnold se mordió los labios.

—Debe de haber un error —dijo. Y volvió a teclear en busca de información sobre Lars Amberstone.

Unos renglones escritos aparecieron en la pantalla:

> «*En la muerte de Amberstone, ocurrida el 12 de mayo de 1992, se padeció error, ya que el sujeto objeto de la presente consulta desapareció durante tres meses, sin que las investigaciones policiales dieran el menor resultado. Amberstone reapareció y, al poco tiempo, se divorció de su esposa, contrayendo nuevo matrimonio con Laura Phibbs. Amberstone falleció el 6 de abril de 2027.*»

Arnold golpeó la pantalla con el índice.

—¡Ahí! —exclamó—. ¡Ahí está la clave de nuestra investigación! En Amberstone y lo que hizo durante esos tres meses de desaparición, que, al parecer, nunca quiso explicar a nadie.

—A lo que parece, nunca, tampoco, se va a hallar esa explicación —sonó de repente una voz extraña.

CAPÍTULO XI

Arnold se volvió vivamente, a la vez que Edna lanzaba un grito ahogado. Los dos jóvenes reconocieron inmediatamente al que acababa de hablar.

—¡Coronel Li-Oon! —exclamó Arnold.

—Sí, yo mismo —confirmó el aludido. Tenía una pistola en la mano y su actitud era inequívoca.

—¿Va a matamos? —preguntó el joven.

—Esas son las órdenes que tengo —respondió Li-Oon fríamente.

—¿Quién se las ha dado, coronel? —quiso saber Edna.

—La persona que tiene autoridad para ello, naturalmente.

—¿Mi primo?

Li-Oon hizo un gesto de asentimiento.

—Nunca pude creer que el poder volviese cruel a una persona —dijo Edna tristemente.

—El Gran Guía no es cruel, sino justo, señorita.

—Vamos, vamos, coronel; ni usted mismo se cree una tontería semejante —exclamó Arnold—. Y menos, tratándose de un zoquete como Warren Clarke. Los ojos de Li-Oon contemplaron al joven con expresión escrutadora.

—Todo el mundo debe creer que el Gran Guía es justo —dijo.

—Y yo estoy por creer que Clarke es un monigote en manos de su esposa —intervino Edna nuevamente—. Conozco a Patty, una chica excelente, pero muy ambiciosa. De la clase de personas que son muy simpáticas, aunque capaces de pasar por encima de todo, con tal de conseguir sus propósitos.

—No estamos aquí para discutir las cualidades personales de la primera dama —alegó Li-Oon.

—Claro, usted está aquí para hacer de verdugo, ¿no? —dijo Arnold.

—¿Qué le ha prometido Patty si nos mata? —añadió Edna mordazmente.

Li-Oon acusó el golpe con una leve contracción de sus facciones inexpresivas.

—Sólo he de cumplir mi deber —manifestó.

Y levantó la mano armada, pero, en el mismo momento, otra mano hizo saltar la pistola por los aires.

Li-Oon se volvió, sorprendido. Un puño golpeó su mandíbula con inusitada violencia, lanzándolo contra uno de los armarios metálicos.

La cabeza de Li-Oon chocó con dureza contra el archivador. Se oyó un ruido a hueco y el coronel se desplomó, fulminado.

—Parece que he llegado a tiempo, ¿eh? —dijo Samar, riendo.

—No te lo puedes figurar —contestó Arnold, muy aliviado.

—Me pareció que tardabais demasiado y entré a ver qué sucedía —explicó Samar.

—Fue una buena idea, en efecto —convino Edna—. Pero, si le has matado…

Samar se arrodilló al lado del caído y le tomó el pulso.

—No morirá —dijo—. Sólo tiene una fuerte conmoción cerebral. Ya se le pasará.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Arnold.

—Soy médico, Lou.

—Eso no me lo habías dicho —exclamó el joven, sorprendido.

Samar se incorporó.

—No era un detalle de importancia —contestó—. Puedes seguir adelante —indicó la máquina—. Li-Oon dormirá aún varias horas. Y, en el peor de los casos, aquí tengo su pistola.

—Iré a tranquilizar a Nadia —dijo Edna.

Los dos hombres se quedaron solos. Samar contempló al caído y meneó la cabeza con gesto pesimista.

—A algunos tipos habría que rebanarles el pescuezo. O trasplantarles el cerebro, pero ninguna de las dos soluciones está permitida por la ley.

—Lógico, ¿no? —rio Arnold, que seguía frente a la máquina de lectura—. Pero, ¿quién querría prestar su cerebro al cuerpo de un hombre como el coronel?

—En determinadas circunstancias y según los casos, sería una

operación muy útil, Lou.

—Vamos, vamos, no digas tonterías…

—Escucha, imagínate un gran científico, ya muy gastado de cuerpo, pero cuya mente, sin embargo, se mantiene intacta, despierta, con todos sus conocimientos. ¿No valdría la pena intentar el trasplante de su cerebro al cuerpo de un hombre joven, para que siguiera iluminando al mundo con sus conocimientos?

—Sí, pero, ¿dónde encontrarías ese cuerpo joven?

—Algún accidentado irreparablemente, cuyo cráneo hubiera resultado intacto. El trasplante se realizaría antes de su muerte, sabiendo que ésta tenía que producirse irremediablemente.

—Eso que dices es muy difícil, Peter —rezongó Arnold.

—Difícil, sí; pero no imposible.

Arnold soltó una risita.

—Vamos, no me digas que lo primero que harías sería trasplantar un cerebro benigno al Gran Guía, para que hiciese leyes más moderadas —exclamó en tono de broma.

—Pues mira, no sería mala idea. Pero todo lo relativo al trasplante de cerebros está severamente prohibido por la ley.

Arnold frunció el ceño.

—Es extraño —comentó—. ¿Por qué? En plan experimental, podría dar buenos resultados, siquiera para la investigación científica.

Samar se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. Está prohibido y eso es todo, Lou.

—Peter, ¿tratas de decirme que jamás, en una época en que se ha trasplantado todo lo trasplantable, no se ha hecho nada semejante con un cerebro humano?

—A finales del siglo XX sí se hicieron experimentos, y creo que con buen éxito —contestó Samar—. Pero luego, no sé por qué, no prosiguieron.

Arnold hizo un gesto con la cabeza. Pegó un papirotazo a la máquina y cerró el contacto.

—Es una discusión tonta, que no lleva a ninguna parte —dijo—. Lo mejor será que nos vayamos, Peter.

—¿Qué has conseguido, Lou? —preguntó Samar.

El joven suspiró.

—Llegar a un punto del cual me parece imposible pasar adelante —respondió melancólicamente.

* * *

A Li-Oon todavía le dolía la cabeza, cuando fue llamado a presencia de Clarke.

—Ya me he enterado del ataque de que ha sido objeto, coronel —dijo el Gran Guía.

—Un ataque criminal, que ambos deploramos —añadió Patty, presente en la entrevista.

—Gracias —dijo Li-Oon—. Me confieso culpable de negligencia. Debí haber llevado algunos hombres conmigo, pero creí fácil la misión.

—Bueno, bueno —dijo Clarke bonachonamente—, ya caerán. Esos tipos no son tan peligrosos como quieren hacernos creer, ¿verdad, Patty?

Los ojos de la mujer estaban fijos en Li-Oon. El coronel se sintió incómodo.

«¿Qué estará pensando?», se preguntó mentalmente.

A veces, Patty le daba miedo.

—No, no son peligrosos—convino ella.

Clarke se puso en pie.

—Yo me voy al gimnasio —dijo—. Es la hora de mis ejercicios físicos. Detesto la burocracia; me gusta mantenerme en forma.

Patty y el coronel quedaron a solas.

—Deseo hacerle una pregunta, coronel —manifestó ella.

—Sí, señora.

—Arnold estaba investigando cuando usted los sorprendió, ¿no es así?

—En efecto, señora.

—¿Vio algo en la pantalla lectora?

—El nombre de Amberstone, señora.

Una súbita crispación apareció en el rostro de la joven, si bien procuró componer el gesto inmediatamente.

—Gracias, coronel —dijo—. Eso es todo por ahora. Puede retirarse.

Li-Oon hizo la reverencia de rigor. Al quedarse sola, Patty reflexionó unos momentos.

Luego, de pronto, presionó una palanquita y dijo:

—Comunicación audiovisual, por línea privada, con Francis Aldernon director de la Biblioteca Central. Urgente, por favor.

—Al momento, señora.

Instantes después, Patty tenía en la pantalla el rostro del director de la Biblioteca Central.

—Señora —saludó Aldernon—. Soy su humilde servidor.

—Es un placer saludarle, director —sonrió ella—. Desearía pedirle un favor.

—Lo que usted mande, señora.

—A finales del siglo XX vivió un tal doctor Penobscue, afamado neurólogo. Deseo que destruya toda información del mismo en sus archivos.

Aldernon respingó.

—¡Señora, lo que me pide es imposible! —exclamó.

—¿Por qué? —preguntó ella, fríamente.

—La ley…

—El Gran Guía es la ley, director; y lo que le he pedido es inspiración directa de mi esposo.

—Señora, aun así hay cosas que no se pueden hacer —insistió Aldernon—. Se puede prohibir cierta información, debido a circunstancias del momento, pero no destruirlas. Las circunstancias cambian con el tiempo y lo que hoy está prohibido, mañana será lícito, aparte de que los historiadores…

—Deje a los historiadores en paz, director —cortó Patty fríamente—. Haga lo que le digo o aténgase a las consecuencias.

Aldernon se mostró firme.

—Lo siento —contestó—. Y creo no equivocarme al asegurar que, si soy destituido, mi sucesor dará análoga respuesta a su petición, señora.

Una mueca de rabia apareció en el rostro de la mujer.

—Tendrá usted noticias mías, director —auguró malévolamente.

* * *

Los proscritos se habían refugiado nuevamente en la cueva.

Arnold permanecía sumido en un profundo silencio. Reflexionaba y los demás respetaban su actitud.

De pronto, se volvió hacia el interior de la oquedad.

—Peter, tú has dicho que todo lo relativo a trasplantes de cerebro está prohibido —exclamó.

—Tengo sobradas pruebas de ello, Lou —contestó Samar.

—Yo lo encuentro completamente justificado —declaró Edna.

—Y si estuvieses en el puesto del Gran Guía, aún más.

—¿Qué quieres decir, Lou? —preguntó la muchacha, extrañada.

Samar extendió una mano.

—¡Un momento, Lou! —dijo—. No empieces a disparatar. No digas cosas que son imposibles.

—¿Por qué no? —sonrió el joven.

—Clínicamente, un cerebro no puede…

—¿Qué has estudiado tú sobre neurología? Lo que te han dejado, ¿no?

Samar se mordió los labios.

—No es mucho lo que se sabe, ciertamente —convino.

—¿Menos hoy que en el siglo XX o XXI, por ejemplo?

—Yo diría que es la rama de la Medicina que ha permanecido más estancada —respondió Samar.

—Por no decir que incluso se ha retrocedido, ¿verdad?

—Sí —admitió Samar de mala gana—. Pero más de cuatro siglos es demasiado tiempo para un cerebro, Lou.

—¿Por qué no puede durar tanto tiempo…, si, de cuando en cuando y antes de que ofrezca síntomas de senilidad, se trasplanta a un cuerpo joven y saludable? Ese mismo trasplante rejuvenecería al cerebro, proporcionándole células nuevas que evitarían la degeneración por senilidad…, aparte de que no sabemos si se usa alguna droga para alargar la vida de ese cerebro. Una droga secreta, naturalmente.

—Pudiera ser —dijo Samar—, ¿pero, en tal caso, ¿quién realizaría el trasplante?

—Peter, ¿no crees que casi cuatro siglos y medio dan bastante experiencia en ese género de operaciones quirúrgicas?

—Eso es verdad, Lou.

—En el caso de mi primo, no —terció Edna.

—¿Por qué? —preguntó Arnold.

—Hombre, ¿es que no recuerdas que tú mismo lo calificaste de zoquete? Y sigue siéndolo, que yo sepa, Lou.

—Querida, si el cerebro que hay en el cuerpo de tu primo es el de Gray, que antes fue el mismo que habitó en otros cuerpos, la mente que se alberga en ese cuerpo poseerá la suficiente astucia como para haber estudiado previamente al dueño de su nuevo cuerpo y adoptar, después del trasplante, sus maneras y modales…, incluso con aires de estupidez y presunción, como en el caso de Warren Clarke.

—Un argumento muy sólido —dijo Samar—. Pero, ¿qué me dices de Patty?

—Es una mujer muy hermosa. Y joven, aún no tiene veinticinco años.

—Es decir, que según tú, Warren y Patty no son sus cuerpos, sino sus mentes.

—Pondría la mano en el fuego por ello, Peter —respondió Arnold.

—Y…, en tal caso, ¿quién realizaría los trasplantes?

—Ellos mismos, recíprocamente y por turno —calculó el joven—. Es preciso recordar que, en todos los casos de esta cadena que hemos estudiado, las muertes de la pareja, ella en primer lugar casi siempre, se han producido con intervalo de pocos meses.

Samar hizo un gesto de aquiescencia.

—Si eso fuese cierto, ¡vaya bomba! —murmuró—. Una pareja que vive desde hace casi cuatro siglos y medio.

—A costa de decenas de vidas humanas —dijo Nadia severamente—. Lo que equivale a otros tantos asesinatos.

Samar extendió las manos con aire desanimado.

—Sí, pero, ¿quién lo prueba? —exclamó.

Hubo un momento de silencio. Luego, Arnold chasqueó los dedos y dijo:

—Hay una solución. Difícil, arriesgada…, pero que podría resolver el enigma.

—¿Cuál es? —preguntó Edna.

—Hablar con el director de la Biblioteca Central y exponerle el caso —contestó el joven.

—¡Hum! —dudó Samar.

—Yo conozco bastante a Francis Aldernon. He tenido ocasión de hablar muchas veces con él. Había ocasiones en que a ambos nos sobraba tiempo.

—Si crees que eso va a dar resultado… —dijo Edna.

Arnold se volvió hacia el otro hombre.

—Todo depende de que tú quieras llevarme a casa de Aldernon —manifestó.

—Será a altas horas de la noche, por supuesto —contestó Samar.

—¿Cuándo? —preguntó Nadia.

—Hoy mismo —decretó Arnold resueltamente.

* * *

El gravimóvil aterrizó suavemente sobre la azotea del edificio. Sus cuatro ocupantes descendieron en el acto.

La ciudad parecía muerta. Las calles estaban iluminadas, pero no se veía a nadie, a pesar de que las aceras deslizantes continuaban su monótono funcionamiento.

Arnold y sus compañeros utilizaron las escaleras por precaución. Momentos después, se detenían ante una puerta.

Fue preciso llamar varias veces, antes de que el rostro soñoliento de Aldernon apareciese ante los proscritos. Los ojos del director de la Biblioteca Central se abrieron desmesuradamente.

—Pero, ¿qué…?

—Director —atajó Arnold—, tenemos urgente necesidad de hablar con usted.

Aldernon torció el gesto.

—He oído vagos rumores sobre ustedes —contestó—. No me gustaría meterme en más complicaciones de las que ya me he buscado, por culpa de una petición disparatada, aunque provenga de la primera dama.

Arnold sonrió.

—Estoy seguro de que esa petición tiene algo que ver con los trasplantes de cerebro, ¿no es así? —sonrió.

La cara de Arnold mostró asombro nuevamente.

—Sí —confirmó—. ¿Cómo lo sabe, Arnold?

El joven le empujó suavemente.

—Vamos adentro —dijo—. Hablaremos con más tranquilidad que en el pasillo.

CAPÍTULO XII

Aldernon estaba consternado.

—Si eso que dicen es cierto… —murmuró.

—Hasta ahora, son sólo suposiciones —respondió Arnold.

—Pero con una innegable base de realidad —agregó Samar.

—Y queremos confirmar todo, sin lugar a dudas —dijo Edna.

—Hay un medio —dijo Aldernon—. No soy médico, pero eso es lo que yo haría. Aunque claro está, ponerlo en práctica, resultaría ya más difícil.

—¿Cuál es ese medio? —preguntó Arnold.

—Obtener los encefalogramas de Clarke y Patty. En alguna ocasión, con motivo de sus estudios, se les tomó el EEG. Naturalmente, el resultado está guardado en alguna parte.

—Claro —dijo Samar—, ¡Cómo no se me habrá ocurrido a mí!

—Sí, pero, ¿quién toma los EEG del Gran Guía y de su esposa? —objetó Nadia.

—Si sus cerebros son de otras personas, se negarán. Y no hay fuerza legal para obligarlos a ello —dijo Arnold desanimadamente.

—Pero puede ser una solución, en efecto —convino Samar—. Ya idearé algo para llevar a cabo la idea del director.

—Perfectamente. Mientras tanto, el amigo Aldernon nos dirá cómo llegar a obtener informes del doctor Penobscue.

—Oh, eso es facilísimo —respondió el aludido—. Tengo mi propia máquina de lectura en casa, conectada, naturalmente, con todas las distribuidoras de información archivadas en la Biblioteca Central.

—¡Pero eso es maravilloso! —exclamó Edna—. ¿Cómo lo consiguió?

—Bueno, es una prebenda del cargo…, y, en muchas ocasiones, los miembros del Gobierno me hacían consultas a deshoras. Entonces, pedí

que me hicieran la instalación y me lo concedieron.

—No se hable más —dijo Arnold—. Vamos a hacer la consulta relativa a Penobscue.

Aldernon les pasó inmediatamente a un despacho contiguo, en donde había una máquina lectora. Manipuló en el teclado y, a los pocos segundos, se iluminó la pantalla:

> *Penobscue, William Alfred.*
>
> *Doctor en Medicina. Neurólogo, autor de una Teoría del trasplante cerebral. (Véase biografía y obras completas en Casilla L.Q.W. 27-C-8. 225.)*

—Marque esas cifras, Aldernon —pidió Arnold excitadamente—. Creo que, al fin, estamos llegando al principio de la pista de unos inmortales.

* * *

—Esta es la dirección, capitán —dijo Li-Oon, entregando a su subordinado un trozo de papel—. Llévese los hombres que necesite y no repare en medios. ¿Está claro?

El capitán Hugues saludó:

—Sí, señor.

Giró sobre sus talones y salió. Li-Oon hizo una llamada a continuación:

—Teniente Erdner, prepare dos hombres y un gravimóvil. Téngalo listo para dentro de diez minutos.

—Muy bien, mi coronel.

Li-Oon, Erdner y los dos guardias partieron momentos más tarde en dirección a la Biblioteca Central.

—Las puertas están cerradas —objetó Erdner.

—Eso es cosa que tiene fácil solución —dijo Li-Oon.

Desenfundó su pistola e hizo varias descargas. La cerradura y un buen sector de la gran puerta principal se volatilizaron instantáneamente.

—¡Adentro! —exclamó Li-Oon.

Seguido de los tres hombres, se lanzó a la carrera hacia la entrada de los gigantescos sótanos, donde había almacenadas trillones de informaciones. Li-Oon buscó la sección de Medicina, rama de

Neurología, y marcó el nombre de Penobscue.

La pantalla de la lectora indicó la casilla correspondiente a la biografía y obras completas del mencionado. Li-Oon marcó la cifra señalada.

Al aparecer las primeras líneas, pulsó el botón de «borrar información». La imagen desapareció en el acto.

—¡Listo! —exclamó, satisfecho.

* * *

Los ojos de las cinco personas estaban fijos con avidez en la pantalla de la lectora.

> «*Si bien se probó que las teorías de Penobscue eran viables, no se consiguió, en cambio, saber si las llevó a la práctica. Penobscue falleció en 1992, víctima de un infarto de miocardio, cuando estaba atendiendo a un paciente. El testigo, Lars Amberstone, declaró…*»

La imagen se esfumó súbitamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Arnold, extrañado.

Una línea de palabras apareció acto seguido en la pantalla:

> «*Información destruida por nociva.*»

—Ahí está la mano del Gran Guía—exclamó Edna.

—O de su esposa—opinó Arnold.

—Pero ya sabemos bastante —dijo Samar—. Ahora no nos cabe duda, aunque no podamos probarlo, que Warren Clark y Patty son, con otros cuerpos, Lars Amberstone y su esposa.

—¿Y eso es malo? —preguntó Aldernon un tanto ingenuamente.

—Hombre —gruñó Arnold—. Parece ser que Patty le ha dicho algo nada agradable, si no destruía esa información, ¿verdad?

—Sí, pero…

Arnold adivinó que el director de la Biblioteca Central estaba aún condicionado por una especie de supersticioso temor al Gran Guía y a su esposa. Pero, en el fondo, ya habían conseguido lo que ambicionaban.

De pronto, llamaron a la puerta.

—¿Quién será?—murmuró Aldernon, inquieto.

—Yo iré a abrir —se ofreció Edna.

—Yo iré

La llamada se repitió.

—Quieta —dijo Arnold, extendiendo una mano—. Esta llamada, a horas tan avanzadas, se me hace altamente sospechosa. Peter, ven conmigo.

Samar siguió al joven y los dos se colocaron a ambos lados de la puerta. Arnold hizo un gesto a Samar, quien se proveyó inmediatamente de una silla.

Arnold abrió. Tres hombres uniformados aparecieron en el umbral.

—Soy el capitán Mugues, de la guardia personal del Gran Guía —dijo el oficial—. Busco al director de la Biblioteca Central.

—Pase, pase, capitán —invitó Arnold, con la mejor de sus sonrisas.

Hugues franqueó el umbral, el puño en la culata de su pistola automática. Los dos guardias le siguieron en el acto.

Una silla se abatió sobre un cráneo. Hugues oyó el ruido y se volvió, justo para recibir una brutal patada en el estómago, que lo tiró de espaldas con los pies por alto.

El tercer individuo retrocedió, ya con la pistola en la mano. La silla de Samar le golpeó duramente en el brazo, arrancándole un aullido de dolor.

Arnold se apoderó en el acto de una pistola.

—¡Vamos, hay que escapar cuanto antes! —gritó.

Las dos mujeres se precipitaron hacia la salida. Edna agarró otra de las pistolas. La tercera estaba en poder de Samar.

—Aldernon, venga con nosotros —exclamó.

El director de la Biblioteca Central parecía aturdido.

—Yo…, soy un hombre pacífico… No me harán nada… —dijo entrecortadamente.

—Vamos —rezongó Arnold—. No podemos perder más tiempo.

Los cuatro proscritos escaparon en dirección a la azotea. Hugues se levantó a poco, frotándose el estómago aún dolorido.

Aldernon levantó una mano.

—Ellos…, ellos me obligaron… —tartamudeó.

—¿Qué le preguntaron? —quiso saber Hugues.

—La… la biografía de un tal Penobscue…

—Ah, ya —murmuró el oficial—. Director, venga aquí: quiero enseñarle una cosa.

Hugues se acercó a la ventana. Aldernon le siguió en seguida.

—Mire —dijo el oficial, después de abrir la ventana—. ¿Ve a los fugitivos?

—Pues… no… Habrán escapado…

—Entonces, ¡vaya a ver si los alcanza!

Aldernon lanzó un grito aterrador al sentirse precipitado en el vacío. Morbosamente, Hugues contempló el descenso de su víctima, hasta que la vio estrellarse sobre el pavimento, quince pisos más abajo.

—La primera dama quedará contenta cuando lo sepa —se dijo.

Y pensó que aquella ejecución podía muy bien reportarle un ascenso.

* * *

—La información ha sido destruida, señora —dijo Li-Oon.

—¿A qué información se refiere, coronel? —preguntó Clarke.

—Oh, nada de importancia —respondió Patty—. ¿No es cierto, coronel?

—Sí, señora.

Li-Oon miró de reojo a Clarke, que parecía muy ocupado en hacer pasar a su estómago un enorme filete, acompañado de verduras, patatas y otras fruslerías. Patty se dio cuenta de aquella mirada y sonrió ligeramente.

También fijó la vista en Clarke, quien, a pesar de sus constantes ejercicios gimnásticos, empezaba a dar señales de obesidad.

—Te dejo, querido —murmuró—. Tengo que hacer algo importante. ¿Me acompaña usted, coronel?

—Sí, señora.

Patty y Li-Oon pasaron a una estancia contigua.

—Tengo que darle un libro para que lo lea, coronel —manifestó ella. Pero, en el mismo momento, el guardia de servicio anunció la llegada del capitán Hugues, y Patty dijo—: Que pase inmediatamente.

Hugues entró en la estancia y saludó:

—Señora, siento informar que el director de la Biblioteca ha sufrido un grave accidente. Ha muerto al caerse de la ventana a la calle.

—Oh, pobre hombre —contestó Patty, con fingido acento de pesar —. ¿Algo más?

—Aldernon estaba en compañía de los cuatro proscritos, quienes consiguieron escapar. No obstante, mis hombres les siguen de cerca la pista.

—Capitán, le agradezco sus informes —dijo la mujer—. Tendré en cuenta el celo desplegado en el mejor servicio del Gran Guía.

—Mil gracias, señora.

Hubue Hugues saludó y salió. Patty y Li-Oon quedaron solos nuevamente.

—Habiendo sido destruida la información sobre el doctor Penobscue, esos cuatro proscritos ya no pueden causarnos apenas perturbación —dijo Patty, sonriendo—. Ah, coronel, antes le hablé de un libro.

—Sí, señora.

—Le agradará mucho leerlo, créame.

Patty extrajo una llavecita del seno y se acercó a un cuadro suspendido de la pared, que hizo girar a un lado. El metálico brillo de una caja fuerte empotrada en el muro, apareció ante los ojos del coronel.

La puerta de la caja giró a. un lado. Patty extrajo un libro de notable grosor y se lo entregó a Li-Oon.

—Tenga mucho cuidado, coronel —advirtió—. Es ejemplar único, y su pérdida resultaría irreparable.

—No se perderá, señora.

—Además, tampoco nadie debe enterarse no sólo de que usted lee ese libro, sino ni siquiera de que lo tiene, ¿entiende?

—Sí, señora.

Li-Oon leyó el título del libro. Era éste:

TEORÍA Y PRÁCTICA DEL TRASPLANTE DE CEREBROS

Un ligero estremecimiento sacudió el cuerpo de Li-Oon. Sus ojos contemplaron con fijeza el hermoso rostro de la primera dama, en cuyos labios lucía una enigmática sonrisa.

—Léalo, coronel —insistió—. Tiene que aprenderse de memoria desde la primera a la última letra.

—Lo haré, señora —prometió Li-Oon solemnemente.

CAPÍTULO XIII

—La cadena se interrumpió en tu antepasado, Edna —dijo Arnold.

—Lars Amberstone recibió el cerebro de otra persona —murmuró ella, pensativamente—. ¿Quién sería esa otra persona? ¿El propio Penobscue?

—Mujer, no. Penobscue fue el que hizo el trasplante, el primer trasplante. Probablemente estuvo asistido por alguien, si bien esto es ya menos relevante, querida.

—Quizá tiene más importancia de la que tú le concedes —contestó Edna—. Un trasplante de cerebro no se hace sólo con dos manos.

—A menos que, en el transcurso de cuatro siglos y pico, hayan perfeccionado tanto su técnica, que se hagan el trasplante recíproca y solitariamente.

—Eso sí es admisible, Lou. Pero el problema estriba en conocer el nombre de la persona cuyo cerebro pasó al cráneo de Amberstone. Por los indicios que tenemos, fue el primer trasplante de la historia.

—No hubo muchos más; luego fueron prohibidos por la ley.

—Claro, les convenía a ellos.

—A mí se me ocurre una idea, Lou —dijo Edna.

—Veamos —sonrió Arnold.

—Tengo la sensación de que el hombre cuyo cerebro pasó al cráneo de mi antepasado estaba muy perseguido, por las razones que fueran. Para despistar a sus perseguidores no le bastaba solamente alterar sus rasgos fisonómicos; tenía que ser un cambio total, absoluto, cuando menos, en lo físico.

—Es muy probable.

—Por tanto, si conocemos las fechas aproximadas del trasplante, podemos encontrar al dueño del primer cerebro, que es el que hoy se

alberga en el cráneo de mi zoquete primo Warren.

—Lo ha sabido hacer muy bien —dijo Arnold—. Incluso ha adoptado la actitud vana y engreída de Warren.

—Y otra cosa que confirma el trasplante es que Patty no supo reconocerme —alegó la muchacha—. El cuerpo es de Patty, pero su mente no lo es y, claro está, no guarda memoria de los conocimientos de Patty, al menos, en detalles de relativa insignificancia, como era nuestra amistad, que no tenía caracteres de gran intimidad.

—Tienes mucha razón —convino Arnold—. Y esta misma noche, iremos a la Biblioteca Central.

—Estará vigilada, Lou.

—No lo creas. Han destruido todo lo referente a Penobscue. Con ello se conforman, puesto que creen que ya no tendremos más pistas.

El gravimóvil llegó en aquel momento.

—¡Mira, ahí vienen Peter y Nadia! —exclamó la muchacha.

Salieron a recibirlos, así como para ayudarlos a camuflar el aparato con ramajes. Samar lanzó una risita.

—En medio de todo, es una suerte de que «disfrutemos» de este sistema de gobierno —dijo—. Están tan acostumbrados ya a que no ocurra nada, que cuando sucede, no aciertan a reaccionar adecuadamente.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Arnold.

—No nos han seguido ni siquiera han sido capaces de adivinar nuestros movimientos —respondió Samar—. Y, ¿qué me dices del gravimóvil que Nadia les «birló» hace tiempo ante sus propias narices?

—De todas formas, conviene no confiarse demasiado. ¿Qué habéis conseguido?

Samar le guiñó un ojo.

—Los electroencefalogramas de Warren y de Patty —contestó.

—Y un electroencefalógrafo portátil —añadió Nadia.

—¡Buen trabajo! —aprobó Edna.

—Ahora sólo falta lo más difícil: entrar en la residencia —manifestó Samar—. ¿Se te ocurre alguna idea, Lou?

—Antes de ir allí, tenemos que hacer otra visita a la Biblioteca Central —respondió Arnold.

Samar se mostró muy sorprendido.

—¿Por qué? Ya no tenemos nada más que hacer allí —objetó.

—Te equivocas: tenemos que buscar al propietario de un cerebro

que ha vivido nada menos que cuatro siglos y medio —dijo el joven, muy serio.

* * *

Como sombras fantasmales, los cuatro proscritos se deslizaron en la oscuridad, hasta llegar al edificio de la Biblioteca.

Arnold entró en primer lugar y luego ayudó a que lo hicieran los restantes. A continuación, descendieron a los sótanos de archivo y se dirigieron a la sección criminal.

Fue una labor larga y tediosa. Continuamente aparecían rostros y biografías de personas que habían cometido delitos de todas clases, algunos de ellos verdaderamente horribles.

—Es preciso buscar las fechas inmediatamente anteriores y posteriores a la muerte de Amberstone —aconsejó Edna—. No olvidemos que mi antepasado «prestó» el cuerpo, si bien es lógico suponer que no voluntariamente.

Arnold continuó manejando la máquina lectora. Cuando aparecía un nombre sospechoso, pedía más datos, que le eran facilitados inmediatamente por la rama correspondiente de los archivos policiales.

Un nombre saltó de pronto ante sus ojos:

> *Varna, Harry Derek.*
>
> *Financiero y hombre de negocios, incriminado de soborno, cohecho, malversación de fondos, quiebra fraudulenta y estafa. Se calcula que el total de las sumas estafadas asciende a tres millones y medio de libras esterlinas…*

—Un tipo así, tendría mucho interés en desaparecer —opinó Samar.

—Pediré información completa —dijo Arnold.

Y así lo hizo.

El expediente del caso Varna apareció completo ante los ojos de los cuatro, incluso con abundantes recortes de periódico, en los que se daba cuenta de las actividades del estafador.

—Hasta el Parlamento británico tomó cartas en el asunto —dijo Edna.

—Lo cual demuestra la importancia del sujeto —añadió Samar—. Y esa clase de tipos tenían buen cuidado de guardar la mayor parte del botín obtenido en sus fechorías.

—Con lo cual, el trasplante, en su vertiente económica, no debió de resultar ningún problema para él —opinó Nadia.

Había fotografías en el expediente. En tres o cuatro de ellas, Varna aparecía acompañado de una hermosa mujer, llamada Lori James.

El índice de Arnold golpeó la pantalla de la máquina lectora.

—Esa es la dueña del cerebro de Patty —dijo.

—Sí, seguro. Vamos a ver su biografía —propuso Edna.

—Espera a ver; nos queda un dato.

Era el de la muerte de Varna.

Pero no aparecía registrada. En su lugar, leyeron:

> *Varna desapareció hacia mediados de febrero del año 1992, sin que todas las pesquisas realizadas para encontrarlo dieran resultados positivos.*

—¡Ahí está! —exclamó Arnold con gran vehemencia—. En esas fechas fue cuando su cerebro se trasplantó al cráneo de Amberstone.

—Bien —sonrió Edna, satisfecha—. Ahora ya sólo nos queda averiguar algunos datos sobre la tal Lori James.

* * *

Warren Clarke roncaba estrepitosamente, tendido en un diván. Una de sus manos colgaba hacia el suelo, en el que se veía, tumbada, una botella casi vacía.

Unos golpecitos sonaron en la puerta. Patty atravesó el salón y acudió a abrir.

La mujer sonrió seductoramente.

—Pase, coronel —invitó.

Li-Oon entró. Patty cerró y se apoyó en la puerta. El coronel se había parado en seco al ver el aspecto de Clarke.

—Está…

—Borracho, así como suena —confirmó ella.

—Increíble. Jamás hubiera supuesto tal cosa en el Gran Guía.

—Cambie lo de Guía por estúpido y el título resultará mucho más adecuado, coronel —dijo Patty.

Li-Oon se volvió hacia la mujer.

—He leído el libro, aunque, naturalmente, he de repetir la lectura muchas más veces, a fin de que hasta la última letra quede grabada en

mi memoria.

—Ha hecho bien, coronel —aprobó Patty—. Le conviene saberse ese libro de memoria. Un día, su cerebro ocupará el puesto que ahora está ocupando el del Gran Guía.

CAPÍTULO XIV

Li-Oon lo comprendió todo de golpe.

Tras la simple lectura del título del libro que ella le había proporcionado, había empezado a sospechar la verdad. Luego, había realizado algunas deducciones por su cuenta, entre ellas, la de la duración media de la vida de algunos Grandes Guías y de sus esposas.

Patty, en fin, acababa ahora de confirmar sus suposiciones con las palabras recién pronunciadas.

—Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que yo me sienta capaz de realizar una operación semejante —alegó.

Patty se acercó al aparador y llenó dos copas de vino.

—El cargo de Gran Guía proporciona satisfacciones de toda índole —dijo intencionadamente, a la vez que le ofrecía una de las copas.

Li-Oon levantó la suya.

—Antiguamente se decía algo sobre una copa de vino, en compañía de una hermosa mujer —sonrió.

—Habrá muchas copas de vino y muchas hermosas mujeres…, durante siglos —prometió ella, con acento tentador.

Bebieron. Luego, Li-Oon señaló hacia el durmiente.

—¿Y él? —preguntó.

—Sufrirá un desgraciado accidente… después del trasplante, claro.

—¿Dónde lo realizan, señora?

—¿Quiere verlo, coronel?

Li-Oon hizo un gesto de aquiescencia.

Minutos después, conocía el quirófano secreto, situado a muchos metros de profundidad bajo la residencia.

—Admirable —calificó.

—Hemos tenido más de cuatrocientos años para perfeccionarlo —

dijo Patty—. El y yo habíamos adquirido mucha práctica, créame, coronel.

Li-Oon sonrió, satisfecho ante la perspectiva que se le ofrecía para el futuro:

—No dudo que yo también adquiriré esa práctica —manifestó.

Los brazos de Patty rodearon ávidamente el cuello del hombre.

—No lo dudo, coronel —musitó con ardoroso acento.

* * *

Los cuatro proscritos atravesaron cautelosamente la terraza y llegaron a la sala donde Clarke dormía la borrachera.

—¡Qué repugnante! —dijo Edna, haciendo un gesto de disgusto.

—Habrá que despertarlo —indicó Samar—. Nadia, vamos a ver si encontramos el remedio más eficaz contra esta clase de dolencias.

El remedio eficaz consistió en un par de jarras de agua, cuyo contenido fue derramado sobre la cara del beodo. Clarke se despertó, tosiendo y ahogándose, a la vez que soltaba unas cuantas palabrotas.

—Vamos, despierta —dijo Arnold, sacudiéndole fuertemente por un brazo—. ¡Despierta, Harry Varna!

Clarke le dirigió una mirada estúpida.

—¿Varna? ¿Por qué me llamas así, Arnold? —exclamó, perplejo.

—No se haga el distraído —terció Samar—. Conocemos su verdadera identidad y también la de la mujer que dice ser Patty.

—Pero…, ¿qué tonterías están diciendo? Yo soy Warren Clarke y ustedes… ¡Ustedes son los criminales evadidos! —chilló el Gran Guía.

Samar colocó la maleta que traía consigo encima de la mesa.

—Se lo vamos a probar dentro de unos minutos, cuando esté más despejado —manifestó.

—Demostraremos que usted es Harry Varna y Patty es Lori James —agregó Arnold.

Clarke sacudió la cabeza.

—Les aseguro que no entiendo nada —dijo—. Yo soy…

—¡Él es Warren Clarke! —sonó de pronto la voz de Patty.

Arnold se volvió rápidamente. Patty y Li-Oon acababan de aparecer por una de las puertas del fondo.

Li-Oon empuñaba una pistola atómica.

—Ese sujeto despreciable es tan primo mío como tú mi antigua

amiga —exclamó Edna, una vez rehecha de la sorpresa.

—¿Cómo? —dijo burlonamente la primera dama—. ¿Pretendes hacer creer que yo no soy Patty Sherad, ahora Clarke por mi matrimonio?

—Conocemos su verdadera identidad, señora —aseguró Arnold—. Y también la de Clarke, en cuyo cráneo se alberga el cerebro de Harry Varna, financiero y estafador.

—¡Eh, eh! —protestó el aludido—. Mi cerebro es mío y no de otra persona.

—Está mintiendo —dijo Arnold—. Conocemos su verdadera personalidad. Y también la de Lori James, ahora bajo la apariencia de Patty Sherad. Lori James, ayudante principal en los experimentos sobre trasplantes cerebrales del doctor Penobscue.

Un relámpago de ira brilló en los ojos de Patty.

—Es una absurda mentira —dijo—. ¿Cómo iba a vivir yo nada menos que cuatro siglos y medio?

—Podemos hacer una prueba, señora —sugirió Samar—. El electroencefalograma de usted y del Gran Guía. Poseemos los auténticos de Warren Clarke y de Patty Sherad. Si son ellos, no tendrá qué formular objeciones a que les tomemos el EEG.

—¿A mí? ¿A la primera dama? —exclamó ella, indignada.

—Sí una mujer que ha estado cometiendo crímenes a lo largo de cuatrocientos cincuenta años, con tal de alcanzar las más altas cimas del poder —dijo Arnold, inflexible.

—Lo mismo que ese sujeto que tiene al lado —añadió Edna, señalando a Clarke.

—Yo soy yo y nadie más —refunfuñó el aludido—. Nunca he cambiado de cerebro, que yo sepa.

—En tal caso, ¿tomamos su EEG? —propuso Samar.

Clarke se puso en pie.

—Estoy dispuesto —accedió.

Una horrible sospecha se infiltró en la mente de Arnold.

Sus ojos estudiaron el rostro de Patty.

—Usted sí es Lori James, pero Clarke es el auténtico y no Varna —afirmó.

* * *

Hubo un momento de silencio. Edna se sintió anonadada ante el

descubrimiento que Arnold acababa de hacer.

—¿Por qué mató a Varna, señora? —preguntó Arnold.

Una mueca de desprecio apareció en los ojos de la mujer.

—Estaba harta ya de él —dijo—. Apareció Clarke y decidí cambiar. Clarke era el ideal físico de hombre para mí…, pero me equivoqué rotundamente; es vano, engreído, estúpido… En fin, un error fácil de subsanar.

Los ojos de Arnold fueron ahora al rostro de Li-Oon.

—Usted sería el sustituto de Clarke —dijo—. En su cuerpo, claro.

Li-Oon apretó los labios.

—Es usted mucho más listo e inteligente que Warren —siguió Arnold—. ¿Qué le prometió ella? ¿La inmortalidad, cambiando el cerebro a otro cuerpo, cuando el actual se hiciese viejo?

—Coronel, debe matar a esos proscritos —ordenó Patty.

—Sí, mátenos —le desafió Arnold—. Mátenos y algún día, ella se cansará de su mente y tomará otro esposo. Ella sí puede que alcance la inmortalidad, pero, ¿usted?

—¡No le haga caso, coronel!—chilló Patty, lívida de ira.

De nuevo volvió el silencio.

Samar tenía la mano en el asa de la maleta que contenía el electroencefalógrafo, dispuesto a lanzárselo a Li-Oon en el momento en que le viera ceder a las órdenes de Patty. Li-Oon se debatía en un mar de dudas.

—Ella es una asesina, coronel —acusó Arnold—. Está matando gente desde finales del siglo veinte. Tres o cuatro personas por siglo.

—Más, porque es preciso contar también los que cedieron su cuerpo a Varna —agregó Edna.

—Yo soy inteligente. Merezco vivir miles de años —declaró Patty, orgullosamente—. ¿Qué importan unas cuantas vidas humanas? ¿No piensa igual que yo, coronel?

La mano izquierda de Li-Oon tocó algo en su pistola, a la vez que meneaba lentamente la cabeza.

—No puede haber nadie inmortal—dijo.

Y apretó el gatillo.

Patty lanzó un débil grito y se tambaleó. En el centro de su pecho apareció un agujerito de color negruzco.

Instantes después, yacía muerta en el suelo. Li-Oon fijó la vista en Clarke.

—La primera gran dama ha sufrido un lamentable accidente, al examinar una pistola cargada —dijo. Y añadió—. Esta pistola es de doble efecto, desintegrante y eléctrica. No podía desintegrar su cuerpo, porque es preciso que la gente vea muerta a la primera dama.

Arnold hizo un gesto de asentimiento.

—Usted tiene razón, coronel —asintió—. Nadie puede llegar a la inmortalidad.

* * *

—Pero mi primo sigue siendo el Gran Guía —dijo Edna, días después.

—Sí, aunque por poco tiempo. Se ha revelado insospechadamente sensato, lo que no quiere decir que su estupidez haya disminuido demasiado, y dimitirá dentro de poco. Cuando haya dictado nuevas leyes sobre elección del futuro nuevo presidente del Planeta.

—Menos mal—suspiró la muchacha.

—Pero esto no cambiará de la noche a la mañana —dijo Arnold—. En medio de todo, es un sistema eficaz para que todo el mundo tenga lo necesario. Sin embargo, ahora habrá libertad de expresión y de crítica, y el pueblo podrá, no sólo elegir a sus gobernantes, sino pedirles cuentas de su gestión.

—Algo se ha conseguido—sonrió Edna.

—Y no es poco, querida—contestó él.

Li-Oon entró en la estancia.

—Hay algunas novedades —informó—. El sistema de trabajo en las fábricas de alimentos, por ejemplo, cambiará notablemente. Siempre será preciso fabricar comida, aun que lo harán hombres libres y sin la amenaza de despiadados guardianes.

—Las cosas no cambiarán en un solo día —insistió Arnold—. Pero ya no será como antes.

—El capitán Hugues ha sido castigado. Cumplía órdenes, pero se excedió —Li-Oon miró al joven—. Hizo usted una magnífica labor.

—Coronel, usted la remató —sonrió el joven.

—Llegamos a temer que se dejaría deslumbrar por las promesas de aquella megalómana —dijo Edna.

—Sí, estuve a punto de ceder. Pero conseguí resistir la tentación.

—Y eso es lo que importa, a fin de cuentas.

—Hicieron una buena labor —dijo Li-Oon, ahora refiriéndose a la pareja—. No debió de resultar fácil seguir el rastro de unos inmortales.

—Se confiaron demasiado en su orgullo —dijo Arnold—. Algún día tenía que concluir la corrupción de su poder absoluto.

—Sí, en efecto —Li-Oon sonrió—. Algún día volveremos a vemos. Felicidades.

Arnold y Edna quedaron solos nuevamente.

—Edna, ¿cuándo empezamos a vivir nosotros nuestra nueva vida? —consultó él.

—¿Cómo? ¿Quieres trasplantar tu cerebro a otro cráneo? —se alarmó la muchacha.

Arnold la abrazó, sonriente:

—Yo me refería a nuestra vida futura, los dos juntos y unidos por el plazo de una existencia humana normal —puntualizó.

FIN